UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES

MIGAS EN EL CAMINO

Lecturas sobre el libro y la edición

Camilo Ayala Ochoa

DE LIBROS

MIGAS EN EL CAMINO

Lecturas sobre el libro y la edición

DE LIBROS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES

MIGAS EN EL CAMINO

Lecturas sobre el libro y la edición

Camilo Ayala Ochoa

DE LIBROS

A Leonor, Camila, Jimena
y Santiago, mis razones cardinales

Crece la escasez
y hasta la palabra vacío
me llenó

Gustavo Cerati
Tracción a sangre (2009)

MIGAS EN EL CAMINO

Lecturas sobre el libro y la edición

Primera edición 2024 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad No. 940
Ciudad Universitaria
C.P. 20100, Aguascalientes, Ags.
editorial.uaa.mx/
libros.uaa.mx

D.R. © Camilo Ayala Ochoa

ISBN 978-607-8972-10-4

Hecho en México / *Made in Mexico*

Índice

Preludio 15

PRIMERA PARTE
Intervenciones en Radio UNAM
de 2014-2015 19

Libros y mar 21
Letras en el aire 23
Libros en blanco 25
Tintas 27
Hiperlectura 29
Instrumentos de lectura 31
Piratería 32
Bibliopatías 34
Premios 2015 36

SEGUNDA PARTE
Colaboraciones en Interlínea.
Cultura Editorial 41

En la bibliósfera 43
La mirada de horizonte 45
Vestigios del futuro 46
Los libros esféricos 47
El futuro es el contenido 49
Por un perfil híbrido digital-analógico 50
Aquel globo de Reuters 51
Edición universitaria y sociedad líquida 52
Universidad y cultura del libro 53
No es cuestión legal, es literaria 54
Ser promesa 56
Canales digitales 57

Los niveles de lectura 58
Tanto monta, monta tanto 59
El libro como apuesta del futuro 60
El ecosistema científico 61
Días alciónicos 63
El poder transformador del libro 64
Cibereditores y editores 2.0 65
Una nueva cultura académica 66
Nuestro verdadero y abierto acceso 67
Las ineludibles redes 69
Métrica social 70
Escuchemos los caminos 71
Profesionalización universitaria 72
Distribución de libros universitarios 73
Comunidades de lectura 75
La seducción del rendimiento 76
Madurando hacia la infancia 77
Narrativa transmedia 78
Cautivar a los lectores 79
Escuchando a los mediadores de lectura 81
La vida es editar 82
El acceso abierto no es gratis 83
La carrera de los dáctilos 84
Mensajes hacia el futuro 85
Ojos de papel 87
El liderazgo ignaciano 88
Sistemas de gestión para editoriales 89
Del editor al lector 90
Abordar lo trascendente 92
Para encontrar la magia 93
La sal de la Tierra 94
Más allá de las líneas 95
Esa sensibilidad llamada Odette 96
Mereces lo que sueñas 97
Somos gremio 99
Somos lo que tecleamos 100
La economía de la atención 101

La nueva interfaz de la academia 102
Respiremos libros 103
El consuelo de los libros 105
La edición como peligro 106
La camaradería del buen librero 107
Cero interfaz de usuario 108
Cibercerebros 109
Gestión: edición y derechos 111
El libro y su precio 112
Pantallización *vs.* presencialidad 113
Asesoría literaria 114
Gremios editoriales 115
El último libro 116
Entre el comprar y el leer 117
Promesas incumplidas 119
Probidad intelectual 120
Recuento 121
Hacia una antropología editorial 122
El miedo de los editores 123

Preludio

La vida es frágil y el mundo inconstante. La tecnología del ADN ambiental (E-DNA, por el término inglés *environmental DNA*) permite secuenciar las trazas del material genético de las especies animales que flotan en el aire y estudiar así la biodiversidad de una zona. Análogamente, podemos tomar las señales de audio de programas que han hablado sobre el firmamento de los libros y medir el pulso de ese mundo, de lo que interesa a las personas de cultura libresca y reparar en la bibliodiversidad. *Migas en el camino. Lecturas sobre el libro y la edición* es la recopilación de intervenciones en la radio de quien esto escribe, principalmente dentro del proyecto *Interlínea. Cultura Editorial*, que lidera la académica Sofía de la Mora Campos, y que por mucho tiempo hospedó Radio UAM de la Universidad Autónoma Metropolitana. En Interlínea tengo la columna *Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro*, pero las lecturas se han dado en un hogaño que en un parpadeo se ha vuelto antaño.

Titulamos este libro recordando el relato de Hansel y Gretel, legado por Jacob y Wilhelm Grimm en *Cuentos de*

la infancia y del hogar, obra en dos volúmenes publicados inicialmente en 1812 y 1815. Hansel y su hermana Gretel eran los pequeños hijos de un paupérrimo matrimonio. La madre convenció al marido, leñador de profesión, para abandonar a su suerte a sus hijos en el bosque porque no podían seguir sustentándolos. Hansel escuchó aquel plan y se hizo de piedrezuelas blancas que dejó a manera de rastro para regresar a casa. En la segunda intentona de perderlos, el niño, sin rocas, quiso marcar un rastro con migas de pan que desapareció consumido por los pájaros.

La listeza de crear un camino donde no lo hay, hecho de piedras o migas, es semejante al ovillo de hilo que Ariadna, la princesa de Creta, proporciona a Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, para que lo fuera deshilvanando y pudiera salir del laberinto después de matar al Minotauro; bestia antropófaga a la que los atenienses debían tributar cada cierto tiempo con siete doncellas y siete varones. El camino de migajas de Hansel y Gretel, como el tejido por Teseo, era fugaz y espinoso; y ahora, con *Migas en el camino*, muestro otra estela hecha de sorbos y tanteos, de intervenciones grabadas en una cabina de sonido o desde un teléfono en la oficina. ¿No son los textos transcritos también caminos de migas dispuestos para que los descifren los lectores? Umberto Eco pone en boca de Guillermo de Baskerville en *El nombre de la rosa*: "Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos que, a su vez, hablan de las cosas". Los libros son citas a futuro, engarzamientos sin remitente claro, mapas de laberintos, piezas de un puzzle inconstante. Y, si depende de cada lector, a fin de cuentas el significado de los libros es efímero. Luis Ramírez Trejo, el neurobiólogo, epigenético y epistemológico, al comentar el problema del tiempo en Borges, en páginas del periódico *El Financiero*, expresó: "Después de todo, lo efímero es sólo otro nombre del tiempo, del segundo, del día o del siglo que gastamos bien o malamente".

¿No todo, hasta las lápidas, borra el tiempo? La vida es frágil y el mundo inconstante. En *Migas en el camino* tenemos el juego de una paradoja: Lo sustancial está en lo transitorio, en lo que oteamos desde el faro de la profesión, en las menudencias que uno va coleccionando. Leerlo es leer las señales dentro de las señales, advertir los asomos, perseguir vislumbres de las artes gráficas y la industria editorial. Son episodios librescos. Marshall McLuhan se definía como un investigador que arroja sondas. Otros también han explorado valiéndose de trozos o, como llamaban al cine en los días de George Méliès: vistas. Nuestro tiempo dialoga y aprende a través de lo fragmentario. *Cultura snack* de Carlos Scolari, es un libro sobre narrativas breves, pequeñas piezas, nanocontenidos, microrrelatos, microficciones o, como él dice: contenidos intersticiales: mobisodios, webisodios, *tráilers*, *recaps*, *tweets*, *spots*, *teasers*, *videoclips*, *lipdubs*, *sneak-peeks*, *credits*, *spoilers*, *gifs*... Son expresiones del actual sistema de vigencias. Somos tan intermitentes y pasajeros como los memes. "Los memes nos hacen: todos los seres humanos somos máquinas de fabricar memes", dice Susan Blackmore en *La máquina de los memes*.

¿Por qué el libro? En *La verdad sobre el caso Harry Quebert* de Joël Dicker, que por cierto se da en un ambiente editorial, los protagonistas son escritores, uno viejo Harry Quebert, y el joven Marcus Goldman que recibe lecciones de escritura. En algún momento Marcus le pregunta a Harry por qué escribe y éste contesta: "Porque escribir dio sentido a mi vida. Por si no se ha dado cuenta todavía, la vida, en términos generales, no tiene sentido. Salvo si se esfuerza en dárselo y lucha cada día que Dios nos da para llegar a ese fin". Escribimos y publicamos buscando un sentido a la existencia.

Las presentes lecturas sobre el libro y la edición están, pues, formadas por hitos de distinta temática que hacen las veces de señal de un camino inconsistente e interminable. Son puntadas en tránsito de un hijo de la imprenta que quizá sirvan para que alguien diseñe otros

caminos. Podemos decir, con el replicante Roy Batty del film Blade Runner, de Ridley Scott de 1982:

> He visto cosas que ustedes nunca hubieran podido imaginar. Naves de combate en llamas en el hombro de Orión. He visto relámpagos resplandeciendo en la oscuridad cerca de la entrada de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, igual que lágrimas en la lluvia.

Enya, la cantante y compositora irlandesa, pregunta en su canción *Only time*: "¿quién puede decir a dónde va el camino?" y contesta que sólo el tiempo. La baronesa Susan Greenfield, notable psicofarmacóloga, ha advertido que no podemos caminar como sonámbulos hacia el futuro. Y es verdad. Esas emociones se respiran en las próximas páginas, entre líneas, tras las líneas y más allá de las líneas.

Primera parte

Intervenciones en Radio UNAM de 2014-2015

Libros y mar

En el año de 1626, un teólogo de nombre Josef Mead de la Universidad de Cambridge daba un paseo veraniego por los mercados del puerto de esa ciudad. Recias exclamaciones de asombro lo atrajeron para testificar que una tendera había encontrado un libro de formato minúsculo envuelto en lona en el vientre de un gran bacalao de Lynn, atrapado en la helada costa de Norfolk. Como el académico sabía leer, le dieron un cuchillo para separar la cubierta a medio digerir y manipular varias hojas gelatinosas y llenas de limo antes de rescatar tres artículos religiosos redactados en prisión por el líder luterano John Frith, que había sido quemado en la estaca en 1533 bajo el cargo de herejía. De alguna forma Frith tiró por la ventana de su prisión sus últimas letras. Sólo dos de los tratados conservaban el título.

Meses después del extraño encuentro ictiobibliófago el libro de Frith fue reimpreso con el título *Vox Piscis* (*La voz del pez*) junto con un grabado del pescado, el li-

bro y el cuchillo. El mar trajo ese nombre, pero a veces ha sido al revés. Si Gutenberg aportó su sistema de impresión a la industrialización del libro, fue Aldo Manuzio, quien estableció el formato de bolsillo para la portabilidad de la lectura. Sus diseños eran tan apreciados que varios impresores hacían pasar sus libros como aldinos, pero el Vaticano le concedió una exclusividad sobre su nombre y él comenzó a usar una imagen distintiva. Esa fue la primera casa editorial moderna cuyo sello era un delfín enroscado en un ancla para resaltar la flexibilidad del pez y la firmeza del instrumento. También usaba un lema: *festina lente* o corre despacio. Es curioso que una añeja conseja en la tipografía sea formar rápido y revisar lento.

Los marineros, a lo largo de la historia, han tenido un lenguaje complejo. Hubo un tiempo en el que se hablaba de arboladuras, jarcias, flechaduras, cabrestantes y varios términos que no son para profanos, pero otros han trascendido su uso. "Salvarse por los pelos" remite a la costumbre de los navegantes de dejarse crecer largo el cabello para que, en caso de caer al agua, una mano rápida los pudiera asir. Barlovento y sotavento son palabras muy musicales; y nos recuerdan la labor del corrector de estilo que a veces debe emplear jergas especiales y nunca debe perder de vista el manuscrito original. No por nada dicen los marinos: de la carta al timón, al revés la corrección.

El margen de las páginas es la metáfora del margen de los ríos o del océano tras el cual fluye el texto. Una prensa Speedmaster es una máquina que requiere por lo menos de tres personas para alimentar el papel, colocar y limpiar las cabezas de impresión y vigilar los tonos y entintes. A ese personal se le llama tripulación.

El lenguaje de la cibercultura usa algo de terminología marítima. Uno navega, se sumerge o hace inmersión en el ciberespacio. Los viejos marinos llaman escribir a remar en el mar; y podemos imaginar que la humanidad va escribiendo en la inmensidad de la información sin brújula, ni sextante, ni astrolabio, ni sonda. También

los marinos tienen como dicho que no se deben tirar los remos viejos hasta tener dispuestos los nuevos y eso mismo ocurre con el libro en papel y el libro electrónico. Periodistas, editores, diseñadores, correctores, libreros, bibliotecarios están adaptándose a las nuevas tecnologías. Es posible que en el mundo que viene sirva de algo la experiencia de los profesionales del libro; sin embargo, nadie lo asegura. Otro añejo dicho oceánico dice que no existe hombre de mar que no se pueda ahogar.

El escudo de la Universidad Nacional Autónoma de México, que tiene al centro la imagen de Latinoamérica, presupone al Atlántico y al Pacífico que son rutas de comunicación. Nuestro lema "Por mi raza hablará el espíritu" tiene su correspondencia entre los marineros que dicen: "A la mar me voy, mis hechos dirán quién soy". Son como promesas arrojadas en una botella al mar océano.

Letras en el aire

Que me perdone Calderón de la Barca, pero la vida no es sueño sino ensoñación. Ya la poeta Alejandra Pizarnik al leer *La vida es sueño* sintió "un dolor increíble" al pensar que esa era su lengua y se propuso escribir en francés. De repente nos imaginamos siendo otros, en aventuras espinosas, cometiendo empresas que enflaquecen el ánimo y, si acaso vislumbramos algo de posibilidad en esos anhelos, solemos postergarlos. ¿Qué es más numeroso: lo que pudimos haber hecho o lo que reservamos para un mañana incierto?

De niño quise ser astronauta, pero me conformaba con pilotar aviones; hasta que siendo estudiante de secundaria topé con la realidad de necesitar anteojos. Por mi estatura intuía que no podía ser piloto comercial, pero mi vista imperfecta dio definitivamente al traste con una vocación. Era un requisito ver bien y hasta que me pusieron los lentes comprendí cuán borroso era mi mundo. Fue ese episodio quizá un golpe de buena suerte para mis muchos

posibles pasajeros; y me significó sumirme en la lectura. Muchos años han pasado y todavía me gusta ver pasar a los aviones siendo navegados por un piloto como aquel que no pude ser.

De niño subía al primer vagón del metro y me asomaba por la ventanilla para ver al conductor en una cabina llena de lucecillas naranjas, rojas y verdes sumirse en los oscuros túneles con líneas de luces a los lados. Eso me hipnotizaba y creaba la sensación de que despegaríamos.

En vez de la enorme cabina llena de luces e indicadores que imaginaba en los aviones abro un libro y controlo el rumbo y la velocidad de vuelo, entro a las tormentas y miro la vida que pasa allá abajo donde muchas buenas personas estudian, trabajan, sufren, se preocupan, sueñan con ser pilotos o tal vez lean a distinta altura en diferentes cielos.

Hay escritores que fueron pilotos: el francés Antoine de Saint-Exupéry, el autor de obras como *El Principito*, *Piloto de guerra*, *Correo del sur*, *Vuelo nocturno* y *Tierra de hombres*; el francés nacido en Brasil Pierre Clostermann, autor de *El gran circo* y *Fuego en el cielo*; el inglés Roald Dahl autor, entre otras historias, de *Los gremlins*, *James y el melocotón gigante*, *Charlie y la fábrica de chocolate*, *La maravillosa medicina de Jorge*, *Las brujas*, *Matilda*, *Boy* y *Volando solo*; el también inglés J. G. Ballard, autor de títulos como *Crash*, *El imperio del sol* y *Mitos del futuro próximo*; y el alemán Adolf Galland, autor de *Los primeros y los últimos*.

Roald Dahl, uno de los escritores favoritos de mi hija Camila, también, como Saint-Exupéry, tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia en el Sahara. El avión de Saint-Exupéry sufrió un desperfecto y el escritor, junto con su copiloto, vagó por el desierto esquivando alucinaciones hasta que lo salvó un beduino. Dahl fue abatido, pero por fortuna lo rescataron aunque con fractura de cráneo y la nariz destrozada.

¿Qué vieron el alucinado Saint-Exupéry y el magullado Dahl en el desierto? Algo cuentan en sus libros.

Libros en blanco

En su entrañable obra *Tocar los libros*, el escritor español Jesús Marchamalo nos comenta que en la Rusia del tiempo de Catalina la Grande, un comerciante se hizo rico vendiendo a la aristocracia hileras de libros bellamente encuadernados que contenían papel desechado o en blanco. Las bibliotecas de ornamento no sólo eran uniformes sino que ofrecían a sus propietarios reflejar una vida culta sin tenerla.

En el cuento *Eximente* de Emilia Pardo Bazán tenemos a un aficionado a las encuadernaciones, que arranca cuidadosamente lo impreso y guarda la tapa, formando una soberbia biblioteca de forros de libros. Son libros sin cuerpo, sepulcros sin cadáver, tumbas vacías, cenotafios. Es posible usar esas imágenes como metáforas de quien sabe leer y no lo hace o de quien estudia descuidadamente; sin embargo, algunos libros han sido concebidos en blanco.

En el relato "Un día en el diario de un escritor imaginario", del libro *Manuscrito anónimo llamado consigna idiota* de Humberto Guzmán, el protagonista despierta en la madrugada con una frase en la mente: "Mi mirada, un tiempo que no ha sido ni será pero que tampoco es". La anota y vuelve a dormirse para levantarse fascinado con la idea de escribir una novela de gran extensión que no pase del principio, es decir que la palabra del principio fuera también la última. Apunta su ocurrencia y se duerme de nuevo. Esa búsqueda de la obra que no dice nada, vacía de contenido, la tuvo antes Josefina Vicens en *El libro vacío* donde su personaje sueña con escribir una obra importante y compra dos cuadernos. Uno lo llena de notas e ideas que no puede trasladar al otro para comenzar su libro, porque descubre su escritura insulsa y su vida mediocre.

Un libro de 200 páginas en blanco llamado *En lo que todo hombre piensa aparte de sexo* del psicólogo inglés Sheridan Simove fue un éxito de ventas en 2011. Esa memez es producto de 39 años de investigación. Pienso

que ese libro impreso es muy fiel al manuscrito; y que la versión digital es muy parecida a los ejemplares en papel. Lo digo en broma, pero resulta que hay una versión electrónica que vende Amazon. Imagino al dictaminador con la mente en blanco dando sustanciales recomendaciones que quedaron incorporadas en el texto final. También conjeturo la pantomima del marcaje tipográfico, la corrección de estilo y el cotejo de la obra. El libro no tiene más trabajo que la encuadernación porque sus hojas no están foliadas; pero, por lo mismo, ¿quién puede asegurar que no haya pliegos repetidos o desordenados?

Sería interesante ver la clasificación bibliotecaria de *En lo que todo hombre piensa aparte de sexo*. Quizá alguien lo solicite para préstamo domiciliario y lo devuelva subrayado. Puede ser que comiencen a surgir reseñas en revistas literarias, que serían espacios en blanco, o que en las presentaciones del libro algunos escritores se queden mudos viendo al público, gesticulen como mimos o, agachando la cabeza, alcen los hombros repetidamente. También cabe preguntarnos, ¿es posible que acusen al autor de plagio?

Comoquiera, encuentro una invitación a la lectura en esas páginas blancas, manchas sin tinta, encuadernaciones falsas, alfabetos inexistentes, sopas de letras invisibles. En un mundo en el que se imprimen anualmente un millón de títulos, y en el que en 2014 la UNAM brindó 1500 libros en papel y 500 electrónicos, no leer es como pasar en blanco la vida.

Julio Cortázar escribió la leyenda de la página asesina. Resulta que en un pueblo de Escocia venden libros con una página en blanco puesta al azar y muere aquel que desemboca en ella a las tres de la tarde. Les aseguro que no hay páginas blancas, libros en blanco, espacios vacíos, en el libro que leo en esta mañana.

Tintas

La tinta se hace carne. Con la imprenta de tipos móviles, Gutenberg inventó una tinta más viscosa con negro de humo y barniz. La claridad de esa impresión era superior al offset, pero ambas coinciden en la tradición que viene de chinos y egipcios de leer signos negros sobre superficies claras. Los ojos lectores se acomodan en el contraste y la industria editorial les corresponde al imprimir libros de texto negro, de una tinta frente y vuelta, sobre papel ahuesado o amarillento.

Con la industrialización del libro perdimos el uso de múltiples tintas. En el Medievo las había de dos tipos, la de carbón y la proveniente de agallas de roble. Se elaboraba tinta metálica, de oro, de plata, perfumada, repelente de insectos y distinta luminosidad. El laboratorio de los monjes tinteros poseía un torbellino de ingredientes.

San Juan Evangelista, el patrón de los amanuenses e impresores, lo es porque fue martirizado al sumergirlo en un caldero con aceite hirviendo, caldero que servía a los monjes para fabricar una tinta oleosa. Otro Juan, el Apokaleta, cuenta la leyenda, enfrentó al diablo que le trataba de robar el tintero y el plumier con el que escribiría el apocalipsis. Siglos después, Lutero le arrojó al diablo un tintero que dejó una mancha en la pared que todavía se puede ver en el castillo de Wartburgo.

Vamos con el color. La milenaria teoría china de los elementos habla de agua, fuego, madera, metal y tierra, a los que les corresponden el negro, rojo, azul, amarillo y blanco. Son los mismos colores de la actual cuatricromía o selección a color. La mayor parte de los tonos de imprenta son la combinación del negro, el magenta, el cian o azul y el amarillo, al que se añade el blanco del papel. Nada nuevo hay bajo el sol.

Magenta es una palabra que surgió después de la batalla librada en esa región italiana en 1859 entre los ejércitos de Napoleón III y los austriacos. Los campos de

Magenta quedaron tintos de un color rojo oscuro por tanta sangre. La tinta roja medieval estaba compuesta con bermellón, minio o púrpura y se empleaba en títulos o encabezamientos de capítulos, así como en advertencias que señalaban el nombre del autor, y esos nombres se llamaron rúbricas. Rúbrica viene de *ruber*, rojo, como también las palabras, rubí, rubio, rubicundo y ruborizar.

La figura metafórica de la sangre es parte del mundo editorial. Durante un prolongado lapso, las letras capitulares y los márgenes de los libros no fueron impresos sino trazados a mano, iluminados a la manera antigua. Se decía que el rojo de las letras iniciales estaba elaborado con sangre humana y que había que sangrar el texto, cuando se dejaba un espacio en blanco, para incorporarlas. Conservamos aquella expresión.

Algunos grimorios, libros de magia, letras de brujos, fueron escritos con tinta roja sobre pergamino negro. Son libros para leerse a la luz de las hogueras, al tintineo del fuego. Hay conjuros que se escriben con tinta de sangre o sangre pura de inocentes, la llamada tinta roja planetaria. Se dice que los pactos con el diablo se firman con sangre de la mano izquierda. Son esas tintas, tintas terribles. Púrpura era también la tinta de los emperadores romanos y la usada por Jack el Destripador en sus cartas desde el infierno. Quizá debido a sus evocaciones escalofriantes o porque la tinta roja significa sabiduría, la prefieren los correctores de estilo.

En tinta verde escribía Neruda y en tinta sepia María Luisa Puga. El escudo de la Universidad Nacional Autónoma de México usa el azul genciana. Es nuestro símbolo de identidad, nuestro sello editorial, la tinta de nuestra casa, la tinta que se hace carne.

Hiperlectura

Pensamos que la escritura en piedra o la impresión sobre papel es algo permanente, una firma inamovible o lápida perpetua, pero un libro puede tener tantas lecturas como lectores. "El texto es como una partitura musical, susceptible de diferentes ejecuciones" decía Paul Ricoeur. Otra pluma francesa, la del poeta Paul Valéry, expresó que el lector juega con los dados que le arroja el poeta. Sin embargo, ¿es posible que sea nuestra manera de leer lo que esté cambiando?

Distintos estudios han avalado el paso del cerebro lector al cerebro navegador o cibercerebro. Las nuevas generaciones están cambiando la manera de leer para incorporar otros medios en la experiencia lectora. Cuando llegó Internet, el verbo leer perdió su significado. Se engendraron otras manifestaciones como ciberlectura, lectura compartida, lectura hipermedia, lectura hipertextual, lectura hipervincular, lectura social o lectura rizomática, lectoautoría e hiperlectura.

Roger Chartier advierte que la lectura en pantalla se parece a la de un rollo que se va desplegando de abajo hacia arriba, pero sólo sucede eso sin el elemento de conectividad. Cuando es posible deambular en atajos, consultar más información, producir excursos, ver perfiles de autores, comentar los textos, estamos en lo que Antonio Rodríguez de las Heras equiparó con la papiroflexia. La lectura actual es una hermenéutica colectiva, una vivencia que se comparte mientras sucede e implica aspectos auditivos y visuales. La lectura es multimedia.

Usando la terminología de Marc Prensky, hoy tenemos migrantes digitales, quienes pasaron de un mundo analógico lleno de bibliotecas y librerías, al ciberespacio. Poco a poco a ellos se suman los nativos digitales, quienes nacieron con un ambiente en el que prevalece la pantalla. Para Emilia Ferreiro no es lo mismo ver llegar una tecnología que nacer con ella. En lo personal, veo un poco de

mestizaje digital que produce varios matices, incluyendo un criollismo radicalmente tecnofílico y los salta pa'tras tecnofóbicos. Lo que es innegable es la transformación de la manera de ver la vida y la cultura escrita.

Ahora, científicos de todo el mundo han alertado sobre la pérdida de la capacidad de concentración y retención en los lectores que utilizan pantallas. Es una lectura nerviosa, fragmentada, en diagonal y que salta parágrafos. Ese es "el patrón que emerge de numerosos experimentos", nos indica Anne Mangen del Centro para la Investigación y la Educación Lectora de la Universidad de Stavanger en Noruega. Nicholas Carr fue más allá al declarar que Internet está erosionando la capacidad de pensamiento. Al contrario, otros estudios demuestran que las nuevas generaciones tienen mayor agilidad mental y capacidad de relacionar.

También se ha señalado que cada vez se leen menos libros. Jonathan Franzen en su libro *Tal vez soñar: razones para escribir novelas en la era de la imagen* explica que "hace un siglo, un hombre culto leía unos cincuenta títulos de ficción al año; hoy en día, como mucho, quizás cinco". Sin embargo, hoy por hoy las personas leen más y escriben más, como lo demuestra su participación en las redes sociales. Que esas lecturas sean sustanciosas o sean basura, depende de cada quién.

En el libro *El placer de leer*, coordinado por Luis Nava Moreno y publicado en 2014 por El *Heraldo de Chihuahua*, es curioso que varios de los autores que elogian al libro hablen de la lectura como divertimento. Pues bien, ese como juego que involucra varios sentidos, y que engloba varios puntos de atención a la vez, es la gamificación, aspecto explotado por las tabletas de lectura, los teléfonos celulares y las televisiones inteligentes. Esa es la hiperlectura.

Instrumentos de lectura

Hablemos de instrumentos de lectura, pero no del rollo, el códice o el libro, que, al decir de Borges, es el instrumento más asombroso. Comentemos sobre aquellos utensilios que, serenos y cordiales, nos sirven a los lectores, como nuestros atriles y lámparas, lentes y lupas, reglas y marca páginas, abrecartas y pisapapeles.

Los libros de nuestros antepasados se leían comúnmente sobre una mesa. Pensemos en el medieval *Códex Gigas* o Biblia del Diablo de 890 milímetros de alto por cuatrocientos de ancho, 310 páginas y un peso de 75 kilogramos. Para hacerlo se necesitaron las pieles de 160 terneros. La Biblia de Gutenberg fue hecha en dos volúmenes, de 650 y 634 páginas. A códices e incunables comunes no se les podía sostener y leer. Desde muy antiguo hubo mesas portátiles donde se apoyaban estos libros.

En el Medievo, el atril, mueble con plano inclinado, derivado del pupitre, podía llevar un pie sustentante o colocarse en una mesa. El facistelo era para libros mayores, becerros o de folio elefantino. Un gran atril, a veces fijo, era el facistol donde se colocaban libros para varios lectores. Los facistoles de Iglesia tenían cuatro caras y en ellos se colocaban libros de coro, también llamados cantorales, de formato atlántico pues median, en promedio, 91 x 68 centímetros y pesaban 40 kilos. Se sostenían con cadenas. El faldistorio es un facistol en forma de silla.

Había atriles circulares de movimientos. En la maravillosa Biblioteca Palafoxiana de Puebla se aprecia un ejemplo de este mueble en el que se colocaban ocho libros abiertos para su consulta en atriles dispuestos en una noria o rueda vertical que se hacía girar hacia adelante y atrás. Este precursor del hipertexto se usaba en conventos y colegios para partituras, lecturas cotejadas o contraste de autores.

En 1588 el italiano Agostino Ramelli publicó *Le Diverse et artificiose machine* donde aparece, como modelo,

la Rueda de los Libros. Básicamente es la misma idea del multiatril pero para 12 libros y su movimiento se controlaba por un engranaje planetario parecido al de los relojes. Sólo hasta 1986 Daniel Libeskind construyó la máquina y la presentó en la Bienal de Arquitectura de Venecia.

En épocas sin electricidad, se utilizaban sillas lectoras con voladizos para velas. También había sombreros con armazones para velas. La compañía Holloway lanzó al final del siglo XIX un sillón con soporte para libros, diccionario, candelero y escritorio. En 1949 la española Ángela Ruiz Robles patentó la Enciclopedia Mecánica, un libro de lectura mecánica, eléctrica y de presión de aire que pesaba cinco kilos y en verdad era un lector de libros contenidos en bobinas con menús para saltar entre diversos contenidos. Todo un eBook.

Pero, ¿qué mayor instrumento de lectura que el librero? Hace siglos se usaban cofres para guardar libros, cofres como los que en los cuentos de piratas contenían tesoros. Es posible tener libros en guacales de madera o cajas de cartón; pero, en mi humilde opinión, considero que su lugar más digno y natural es un librero.

Los libros se van volviendo de culto en una sociedad iletrada y en un mundo donde no importa el acopio de objetos sino el acceso a los contenidos, un mundo donde redes comerciales sustituyeron a los mercados. De hecho, las nuevas viviendas no tienen espacio para bibliotecas, no están diseñadas para lectores. Quizá en unas décadas tener libros será impensable, pero hoy por hoy, anticuario que soy, sólo puedo pensar en ir a comprar más libros, aunque no quepan en mis libreros.

Piratería

México es un país que sin pena ni vergüenza tolera la delincuencia en sus calles. Ocupa entre el cuarto y sexto lugar en piratería o comercio ilícito en el mundo. 60 % de

la población económicamente activa se dedica al comercio informal. Son casi 29 millones de personas trabajando ilegalmente y, de ellas, entre 13 y 14 millones se dedican a un comercio ilegal integrado por mercancías robadas, productos fabricados sin pago de derechos o falsificaciones. El 90 % de la población compra ocasionalmente piratería. La estructura social propicia esa preferencia.

Lo común es pensar que la piratería es la música y el cine y, en efecto, nueve de cada diez discos de audio o video que consume el mexicano son piratas, pero también hay otros productos: prendas de vestir, medicamentos, joyas, cigarros y licores, pero lo que nos interesa es señalar que el 50 % de los libros que se comercializan en México son piratas. De enero a mayo de 2014 se aseguraron 10 toneladas de libros apócrifos en la Ciudad de México, y en el mismo periodo, pero de 2015, fueron 40 toneladas.

En la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires de 2009 se detectaron libros piratas de Stephenie Meyer en el puesto de Ediciones Global Libros. Alfaguara denunció los hechos. La disculpa del distribuidor fue que estaban tan bien hechos que no se había dado cuenta. En efecto, ya es difícil detectar una edición pirata por el desarrollo de las tecnologías de escaneo e impresión porque lo primero que la industria pirata reproduce es la matriz de impresión. La tinta, el papel, el pegamento y la cartulina para forros son los mismos. Los piratas pueden, incluso, mejorar las ediciones. En un clon editorial de *Yo soy El Diego* de Maradona la página legal lleva la leyenda "Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso del reproductor". Esa leyenda no estaba en el original.

Todavía en el año 2000 *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa se vendió con un holograma con la firma del autor. Pero el holograma dejó de ser una garantía. No sólo se reprodujeron con exactitud sino que nació una venta de tiras de clones de hologramas, como la hay de marcas de ropa y de bolsas.

También se ha ensayado como solución el control de fechas y seguimiento de existencias. Editorial Diana distribuyó en 2002 en camioneta blindada la obra *Vivir para contarla* de Gabriel García Márquez. El mismo autor se percató en el año 2004 que ya estaba distribuido en los mercados piratas su libro *Memorias de mis putas tristes* y adelantó su salida comercial haciendo sutiles cambios al final. Eso llevó a revalorar el precio de la edición pirata.

Al contrario, en 2012 el escritor estadounidense Peter Mountford declaró que ayudó al traductor pirata que llevó al ruso su obra *Guía juvenil al capitalismo tardío*. Buscaba abrir un mercado a costa de su editorial.

Lo que es sensacional es observar los letreros de propaganda de los piratas. Vemos varios de un cinismo que ronda en genialidad:

- 0 % ORIGINALES, 100 % CALIDAD
- COMPRE PIRATERÍA ORIGINAL. NO ACEPTE IMITACIONES
- PIRATERÍA HONESTA Y GARANTIZADA
- AQUÍ SU PIRATA DE CONFIANZA
- NO SE ARRIESGUE, BUSQUE PIRATERÍA CALADA
- CINE BUENO, BONITO, BARATO Y CASI ORIGINAL
- SI NO LA VE COPIADA ES PORQUE NO EXISTE
- NO SOY PIRATA, SOY ARTESANO DE LA COPIA
- PIRATERÍA CERTIFICADA POR LA AUTORIDAD
- PIRATAS PERO CONTENTOS

Manuel Fontanals diría que esas palabras crean una atmósfera psicológica.

Bibliopatías

Hay muchas clases de bibliopatías o trastornos psíquicos por los libros. Bibliómanos son quienes los cumulan con pasión, como Antonio Magliabecchi, bibliotecario del siglo XVIII, que vivía leyendo y, para no desperdiciar el tiempo,

dormía entre pilas de libros, no se cambiaba de ropa, apenas comía y no cobraba su sueldo.

Padecen bibliofobia quienes se aterran frente a los libros al grado de desmayarse o morir. Han existido quienes tienen la manía de enterrar los libros en los cementerios, sienten un deseo irreprimible por destruirlos, sólo pueden leer los de color rojo, no pueden leer las páginas de la derecha o se obsesionan por las ediciones príncipe o los ejemplares autografiados. También quienes utilizan su sangre para hacer anotaciones, suplen la falta de papel con sus muebles y paredes, escriben con excrementos o se tatúan una obra en la espalda. Existe un Corán de 600 páginas caligrafiado con 27 litros de sangre de Saddam Hussein, a quien le extrajeron una poca cada semana por dos años.

La bibliofagia clínica es literalmente comer libros. Melenick II de Etiopía, cuando enfermaba, consumía trozos de la Biblia. Hubo hace décadas, en el centro de la Ciudad de México, un teporocho que preparaba un potaje con páginas de libros viejos y chiles. Son frecuentes los devoradores de hojas impresas y los roedores de lomos de badana o de vitela.

Hablemos de bibliocleptomanía. El Conde Libri fue un inspector de Bibliotecas de Francia en el siglo XIX. Usando una capa con múltiples bolsillos robó cerca de 30 mil volúmenes. Incluso editó un catálogo para bibliófilos. Esto palidece ante las 19 toneladas de libros y manuscritos, incluyendo incunables y códices indígenas, valorados en 40 millones de dólares, que Stephen Blumberg hurtó de 140 bibliotecas de universidades norteamericanas a las que consideraba cárceles de información. Fray Vicente, salvó varios volúmenes raros del incendio de su monasterio, en 1835, y puso una librería en Barcelona. Era tal su arrebato libresco, que asesinó a una docena de personas para recuperar los ejemplares que había vendido.

Otro insólito comportamiento es la bibliopegia antropodérmica. Durante la Revolución francesa varias constituciones se forraron con guillotinados y en el siglo

XIX los legistas ingleses hicieron expiar sus crímenes a unos asesinos encuadernando con ellos sus expedientes. Flammarion siempre alabó los hombros de una condesa que le admiraba y, antes de morir de tuberculosis, ella heredó al astrónomo su piel curtida, con la que él forró el libro *Las tierras del cielo*. Cuando murió el escritor Jacques Delille, en 1831, un admirador profanó su cadáver arrancándole la piel para encuadernar sus obras.

El libro está pasando al formato electrónico y será difícil detectar a bibliófilos y bibliómanos. Sin embargo, Miguel Albero nos dice que se desarrollarán otras patologías como los virófilos, coleccionistas de virus informáticos, los webcleptómanos o ladrones de webs, los ipódfagos, devoradores de ipods, y los pantallaclastas, pirómanos de todo lo que tenga pantalla. Me parece que el gran libro que es Internet nos interna u obsesiona. El Síndrome de Diógenes Digital es, ahora, de quienes acumulan imágenes e información.

Como ven, en la Universidad Nacional Autónoma de México nos interesa todo lo que tenga que ver con el libro, incluso las varias extrañas enfermedades que produce. Decía el maestro Gurrola que el verdadero arte es aquello que casi no se puede soportar.

Premios 2015

Para los pitagóricos los números no sólo eran numerables sino se transferían a la realidad material por medio de proporciones tanto en la unidad del punto como en la relación de puntos que forman líneas, superficies y volúmenes. Los movimientos regulares, para ellos, expresaban sonidos que correspondían a proporciones numéricas y en el universo existía un orden, una adecuada disposición. El cielo era una escala musical. Creían que la música tenía un poder psicagógico, es decir, que por atracción y persuasión era posible conectar el alma con esa armonía cósmica,

pero las formas bellas, las proporciones tenían música y quienes las contemplaban podían escucharla.

Siglos después, el romano Marco Vitruvio Polión en el tratado sobre arquitectura más antiguo que se preserva, aconsejaba a los arquitectos aprender la música o ciencia matemática de los sonidos. Entre los elementos de la arquitectura que Vitrubio describió está la euritmia que es la correspondencia simétrica de la altura respecto a la anchura y la anchura respecto a la longitud. Esa apropiada y elegante conjunción la demostraba con el cuerpo humano. Da Vinci en su *Homo Cuadratus*, conocido como *Hombre de Vitruvio*, nos muestra el equilibrio del cuerpo humano bajo los cánones vitruvianos que corresponden a la razón áurea o divina proporción entre el lado del cuadrado y el radio del círculo.

A lo largo de los siglos los editores, impresores y encuadernadores hemos buscado y observado esas proporciones correspondientes en la materialidad del texto, en el libro como objeto, para dotarlo de elegancia, delicadeza y funcionalidad. Los lectores, por más primerizos o distraídos, pueden apreciar la gracia de un buen libro con portada estética, tipografía hospitalaria, rítmicos interletrados e interlineados, sutil caja tipográfica y de dilatada finura en su revestimiento. Un libro con cuidado editorial expresa inteligencia pero si su maquetación y diseño va en consonancia con la gallardía de sus materiales es, además, un libro artístico.

Hemos dicho que la Universidad Nacional Autónoma de México es la principal casa editora en lengua española por el volumen de producción anual, nada menos que 1500 libros en papel y 500 electrónicos, pero hay que ver que la UNAM también se ocupa de la calidad de sus propuestas gráficas.

Arte de la lengua mexicana y castellana con edición crítica, estudio, trasliteración y notas de Asunción Hernández de León-Portilla, coeditado con el Fideicomiso Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor y el Tec de

Monterrey, fue premio Antonio García Cubas 2015 otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia durante la Feria Internacional del Libro de Antropología e Historia en la categoría Edición facsimilar. Recibieron menciones honoríficas *Historia y arte de la Baja California* de María Teresa Uriarte, coeditado con el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, en la categoría Obra de divulgación; *Directrices para la descripción y catalogación del libro antiguo* de Isabel Chong de la Cruz, en la categoría de Libro de texto escolar; y *Tintes naturales mexicanos: su aplicación en algodón, henequén y lana* de Leticia Arroyo Ortiz, en la categoría de Libro de Arte.

Varias publicaciones fueron reconocidas por la Cámara Nacional de la Industrial Editorial Mexicana con el premio CANIEM al Arte Editorial 2015. Se trata de *Habitar CU. 60 años* editado por Salvador Lizárraga Sánchez y Cristina López Uribe en la categoría de Libro de arte: ensayo y estudios; *En los ferrocarriles. Juan Rulfo, fotografías*, coedición con Editorial RM, en la categoría de Libro de arte: ediciones ilustradas y de lujo; *La Constitución de Apatzingán (Edición crítica) 1814-2014* de Juan Carlos Abreu y Abreu, Rafael Estrada Michel, Oscar Cruz Barney, Elvia Lucía Flores Ávalos, María del Refugio González Domínguez y Carlos Herrejón Peredo, coedición con la Universidad Autónoma de Tlaxcala, en la categoría Jurídicos; las Obras completas de Francisco Hernández en la categoría Enciclopedias, diccionarios y atlas; y, por cuarto año consecutivo, la revista *Ciencias*, en la categoría de Publicaciones periódicas científicas y técnicas. El mérito corresponde a varias áreas editoriales.

¿Por qué los premios? Por ejemplo, para las obras de Francisco Hernández, fue menester componer la formación página por página de ocho volúmenes en siete tomos, retocar ilustraciones, capitulares y ornamentos, así como limpiar fondos de color. Se reconstruyeron hojas maestras, forros y camisas o cubrepolvos. Los volúmenes fueron impresos en tamaño folio rebasado a una tinta

frente y vuelta sobre papel ligero. La encuadernación, integrada con cuadernillos cosidos y pegados, lleva forros a una por cero tintas sobre papel recubierto más laminado mate y guardas de cartulina sin entinte. Fueron empastados con cajo y cañuela y lomo redondo.

Como apreciamos, los argumentos son muy fuertes para al abrir el canto de esas obras, leer sus letras y sus formas y escuchar esa como música maravillosa que armoniza nuestra alma con el cosmos. También, estamos seguros, de esta manera por nuestra raza seguirá hablando el espíritu.

Segunda parte

Colaboraciones en Interlínea. Cultura Editorial

En la bibliósfera

Advierte Bernando Jaramillo, del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLAC), que, frente a la presencia de jugadores internacionales, América Latina debe prepararse mejor. Esa exhortación trae consigo la idea de que existe una transición en curso y que no es posible permanecer inalterable. Nada más cierto.

En 2003, de los títulos registrados en las agencias nacionales de ISBN en Latinoamérica, 4 % eran libros electrónicos. En 2010 la cifra fue de 8. 6%, pero en 2011 llegó a 14.6 % y en 2012 a 16.9 %. Sin embargo, más del 90 % de los títulos corresponde a cuatro países: Brasil, Colombia, Argentina y México.

El cambio tecnológico es parte de una revolución cultural que implica las formas de creación y comunicación del conocimiento y de las expresiones artísticas. Pudiera pensarse que ante el libro electrónico, como la

disyuntiva planteada por Umberto Eco, se hayan conformado más o menos dos grupos de editores de perspectiva contraria: los apocalípticos (aquellos fatalistas que por lo menos una vez al día exclaman entre dientes: "Todo está consumado") y los integrados (los del club de la sonrisa eterna que dan la bienvenida a toda vuelta de página en su vida). Entre esos dos extremos habría varios matices, incluyendo los que vemos un mundo lleno de posibilidades en la bibliósfera digital, sobre todo en cuanto a acceso al acervo histórico bibliográfico mundial, y seguimos –atávicos que somos– apegados a nuestras bibliotecas de tinta, papel y cartón.

Sin embargo, muchos editores latinoamericanos no se han enterado, o prefieren no ver, que los manuscritos se entregan por correo electrónico, que la corrección de estilo se hace en pantalla, que los negativos y los catálogos impresos están en desuso, que los periódicos, revistas, librerías y bibliotecas se mudan al espacio digital. Para ellos, la edición electrónica es interesante pero su uso pertenece al mercado del libro anglosajón y a sus países llegará en varios años.

Ni se preparan, ni aceptan que hay que reaprender a escribir, leer y editar en el ciberespacio. No reparan en que el futuro digital dejó de serlo, que estamos en el presente electrónico. Algunos, al escuchar las estadísticas de conversión tecnológica, asumen la actitud de los tres monos sabios japoneses: no oyen, no escuchan y no hablan, o, en el mejor de los casos, cruzan los dedos y miran al cielo confiando en su fortuna.

Eso no es exclusivo de los latinoamericanos. Se habla de globalidad, de la pérdida de fronteras, pero todo lo regula el geobloqueo. Esto es, que un lector peruano no puede comprar algunos libros en España, a menos que esconda su dirección IP.

En el mundo del libro, sobre todo en literatura, seguimos siendo localistas. Hay autores que imponen los grandes sellos trasnacionales, que acaparan las mesas

de novedades de las librerías, algunos son latinoamericanos, Vargas Llosa, Isabel Allende, Paulo Coelho, pero, por debajo de esa estrategia, los autores latinoamericanos siguen siendo desconocidos para los lectores latinoamericanos. Somos una agregación de minorías y debemos buscar asegurar un futuro a los valores que deben preservarse dentro de la cadena editorial de América Latina, sin olvidar los contextos específicos, como se examina en la Nueva Agenda por el Libro y la Lectura encargado a Roberto Igarza por el CERLALC y presentada en 2013. Sólo así, leyendo nuestra identidad, podremos construir nuestro futuro.

9 de marzo de 2015

La mirada de horizonte

Los autores favoritos son escritores cuyos libros uno compra sin pensarlo dos veces, sin leer la solapa, sin ver el precio. Muchos lectores compartirán conmigo el nombre del italiano Umberto Eco entre sus preferidos. *El nombre de la rosa*, *El péndulo de Foucault* y *La isla del día de antes* son buenas lecturas para recordar. Eco es, además, una referencia en el mundo intelectual, alguien que reflexiona profunda y responsablemente su mundo y su tiempo.

En una entrevista, después de la presentación de su novela *El cementerio de Praga* el autor italiano dijo en tono de broma que es "optimista sobre el futuro de los libros; sobre el futuro de los hombres, no". Sin embargo, cuando se pesan esas palabras, quizá se llegue a una coincidencia. Se ha escrito mucho de la muerte del libro y del advenimiento de una cibercultura y una cibersociedad; pero lo que no está claro es que la humanidad persista.

No se trata de ser apocalípticos, sino de señalar la cada vez más evidente deshumanización de la humani-

dad. Hay guerra, violencia, hambre, pobreza, epidemias en grados superlativos. El futuro se nos escapa.

Ante este panorama, la salida es la lectura. Entrar a una librería o una biblioteca, repasar los anaqueles de nuestras casas, retomar los libros que se han dejado a medias, recomendar títulos, compartir obras, regalar libros, perderse en el papel de las páginas, no son ahora acciones que representen una evasión del mundo, sino son la reconstrucción del mundo.

En UAM Radio tenemos a Interlínea, un espacio sobre libros, un metalibro, es decir un libro sobre libros, una lectura sobre las lecturas. Estamos, y nos sentimos, cordialmente acompañados.

Cuando concebimos la editorial "Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro y la edición" pensamos en el personaje del novelista argentino Ricardo Güiraldes, llamado Segundo Sombra, ese que tenía la mirada de horizonte; porque debemos ir más allá, abrir posibilidades, escuchar nuevos caminos, y eso es, a fin de cuentas, tener esperanza.

11 de mayo de 2015

Vestigios del futuro

La utopía de María Teresa Andruetto es llevar libros a toda Argentina, que aparezcan nuevos lectores.

El mundo publica al año un millón de títulos de libros; pero más que frente a esa cifra es ante los estantes de librerías y bibliotecas que uno siente el vértigo de la demasía. Marisol Schulz, quien fuera editora de Alfaguara y que ahora dirige la Feria del Libro de Guadalajara, hace unos años calculó haber leído más de dos mil libros. Es una cifra respetable, de lector mayor, de lector competente, de editor. Es la que estima también el editor argentino Mario Muchnik autor de *Lo peor no son los autores*. Está proba-

do que el narcotraficante Miguel Ángel Félix Gallardo en sus 20 años de prisión también leyó dos mil volúmenes. Lehmman Haupt, que por años se encargó de la crítica literaria para el *New York Times*, se quejaba por no conseguir sobrepasar los tres libros a la semana. Alfonso Reyes, en su vida profesional de 60 o 63 años, analizó unos mil quinientos títulos sin contar sus relecturas. Jorge Luis Borges, quien llegó a ser un bibliotecario ciego, llegó a descifrar cinco mil libros. Un caso extremo es el norteamericano Kim Peek, quien padecía del Síndrome del Sabio, y leía en ocho segundos dos páginas a la vez, usando un ojo para una. Memorizaba un libro en una hora llegando a leer 12 mil títulos. Una biblioteca escocesa documentó que Louise Brown, hasta los 91 años, leyó 25 mil volúmenes. Se dice que Carlos Monsiváis alcanzó los 30 mil títulos. Ramón Menéndez Pidal se adentró en 60 mil libros durante su vida. Un buen lector común podrá leer en su vida entre 200 y 300 libros.

Pero lo importante, lo señala Andruetto, son los buenos libros, los que permanecen, los que trascienden en la vida, los que redibujan nuestro perfil; y para multiplicar a los lectores y, además, como diría Luis Alberto Spinetta, tener esos libros de la buena memoria en donde a veces nos llegan los vestigios del futuro, lo primero es lograr para todos el acceso a los libros, a la bibliodiversidad.

25 de mayo de 2015

Los libros esféricos

La Biblioteca de la Universidad de Salamanca o Antigua Librería es la biblioteca universitaria de mayor tradición y procede del siglo XIII. En el siglo XVIII el bibliotecario Diego Torres Villarroel, escritor e hijo de un librero, compró para esa biblioteca unos globos terrestres con el dinero destinado para adquirir libros y, ante las críticas e improperios,

respondió que aquellos eran libros gordos y redondos. Desde entonces, los libros esféricos han sido parte del acervo y la alegoría, entre el mundo que se lee y el libro que se estudia, es adecuada. Esos son los libros universitarios.

Las universidades y el libro son instituciones liadas históricamente. Tomas Carlyle decía que la verdadera universidad son los libros. No por nada el historiador y novelista Shelby Foote definió a una universidad como un grupo de edificios que se reunieron alrededor de una biblioteca. Eso ha llevado a decir que una universidad es sus publicaciones, es su sello editorial; sin embargo, con el cambio de paradigmas en el mundo digital las universidades son lo que dicen de ellas en la Red, los bitios de información que genera, y es necesario tomar en cuenta que la visibilidad afecta la reputación o prestigio de las instituciones de educación superior.

Las editoriales universitarias, lo dice Carlos Gazzera, deben prepararse, leer lo que está sucediendo, construir tramas y redes. Vemos que lo hacen distintas asociaciones nacionales, como la Red Altexto, regionales, como la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe, y mundiales, como la Red de Universidades Lectoras.

Sin embargo, Gazzera indica que cada institución debe encargarse de mejorar su catálogo y su bibliodiversidad. Nada más cierto. Las universidades deben ver primero por la característica de cada sello editorial, el perfil del discurso escrito, el argumento de cada institución, su línea editorial. El futuro se construye ladrillo por ladrillo. Sólo así es posible sumar fortalezas y no acumular debilidades.

15 de junio de 2015

El futuro es el contenido

Gabriela Adamo nos habla en distintos momentos del nervio y enojo de los editores y libreros ante el advenimiento de lo digital; y dice algo muy humano cuando confiesa no ser una nativa digital por lo que escribe con miedo a equivocarse de tecla.

A fines de 2014 la empresa juguetera española Imaginarium mandó, por error de tecla, un correo electrónico masivo en español y catalán. Fue acusada de despreciar a los catalanes, ser clasista, ser racista y ofender a la Virgen de Montserrat. Hubo solicitudes de boicot.

Los editores temen las erratas y ahora al teclado. ¿Quién no ha sobreescrito borrando un texto famoso o cerrado un archivo sin guardar los cambios? Pero más allá de la angustia, tomemos esos signos de los tiempos como parte de un cambio cultural cuyos alcances apenas sospechamos.

El alfabetismo digital, nos dice Paul Gilster, va más allá de dominar las teclas. En *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Sven Birkerts entra al meollo al comentar que cuando el lector está capacitado para colaborar, participar o intervenir en el texto las suposiciones fundamentales de la lectura quedan cuestionadas.

Hay una lectura extensiva, superficial e irreverente, que no es menos seria que la lectura intensiva como la practicamos en el papel. Francisco Albarello en *Leer/navegar en Internet*, que es resultado de ocho años de entrevistas, encuestas, observaciones y análisis en lectores argentinos, concluyó que la lectura en pantalla, que invita a atender varios medios y diversos textos o fragmentos de textos a la vez, exige un mayor esfuerzo para mantener la coherencia y la comprensión de la lectura. En la lectura colaborativa, que es lo que se practica en los libros electrónicos y en internet –ese hipertexto global como lo define Jay David Bolter–, no sólo hay un mayor protagonismo del lector en relación al texto sino también una discusión con otros lectores.

Comoquiera, lo expresa muy bien Michael Bhaskar, no importa el continente, el futuro es el contenido.

20 de julio de 2015

Por un perfil híbrido digital-analógico

Cuando en la década de 1980 se fundó el Grupo Interamericano de Editores, prevalecía la figura del editor gremial. Durante 1983 un grupo de discusión liderado por El Colegio de México elaboró un posible perfil del editor a través de un cuestionario aplicado a los directivos de 105 empresas editoriales públicas, privadas y académicas que concluyó que los editores eran personas, predominantemente hombres de entre 31 y 40 años, cuya alma oscila entre las consideraciones culturales y las comerciales.

En 2013 la conferencia de clausura del máster en edición de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona le tocó en suerte a Beatriz de Moura, la legendaria editora de Tusquets, quien trajo a cuento la pregunta elaborada por Roberto Calasso en *La huella del editor*: ¿Qué deber (o misión) le queda al editor? De Moura hace suya la respuesta que el italiano parafrasea de Debussy cuando alguien le preguntaba la finalidad de su música: dar placer. Calasso decía que al editor le queda dar placer a esa tribu dispersa de personas que buscan algo que sea literatura, que sea pensamiento, que sea indagación, que sea oro y no turba. Por eso De Moura definía a su editorial como un hogar literario y decía que su oficio sincronizaba a la perfección el terco deseo de rodearse de libros; y por eso Juan Cruz Ruiz tituló *Por el gusto de leer* a la conversación que refleja las memorias de Beatriz de Moura.

Boris Faingola apunta muy bien que el perfil actual del editor está cambiando y que requiere, además de profesionalización, de fundamentar su función. Eso pasa en esta época de transición, en estos tiempos de renovación.

Las competencias del editor 2.0, del cibereditor, del editor transmoderno, siguen teniendo que ver con conocimientos profundos de lenguaje, comunicación y artes gráficas, pero no son suficientes. Los editores deben imaginarse de otra manera y aprender a utilizar otras herramientas, como el diseño de aplicaciones y la maquetación digital; y tener un perfil híbrido digital-analógico.

21 de septiembre de 2015

Aquel globo de Reuters

Los organismos internacionales consolidados a partir del final de la Segunda Guerra Mundial fueron hechos para ofrecer orientaciones y directrices con la idea de un futuro común. Uno de los aspectos primordiales para el desarrollo es la educación, la ciencia y la tecnología, y para ello fueron creados varios organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) cuyas publicaciones dirige Ricardo Pérez Martínez.

Muchos lineamientos difundidos por CEPAL, la UNESCO, la OCDE, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, se han transformado en orientaciones de políticas específicas para la educación y lo que le rodea, así como en mecanismos y programas. Las recomendaciones de estos organismos se basan en diferentes políticas. Lo que llama la atención es que estos organismos, aunque realizan diagnósticos sobre la lectura y la producción de libros, no ofrezcan recomendaciones en la edición.

Existen por parte de estos organismos intergubernamentales criterios cuantitativos y cualitativos para el financiamiento de las instituciones de educación superior y la asignación de recursos, mecanismos de evaluación y certificación, modelos de diversificación institucional, criterios para la orientación de la oferta y la demanda educativas, planteamiento de nuevos campos de estudio,

y, reformas en las formas organizativas internas y las políticas públicas. Sin embargo, no hay directrices para el libro o para el libro universitario.

CEPAL ha coeditado con editoriales como el Fondo de Cultura Económica y con algunas universidades, pero no con universidades latinoamericanas. No es posible ni conveniente que esto continúe.

Vivimos envueltos en el globo de Reuters. Irónicamente se bautizó como red a una entidad que prolifera en un mar de información que irradia en todas direcciones, llena todo intersticio o, como diría Jean Baudrillard, es transparente por ser fractal y liberar el signo de su idea, de su concepto, de su esencia, de su valor, de su referencia, de su origen y de su final. En este mundo, ancho y ajeno, necesitamos la voz de la CEPAL.

5 de octubre de 2015

Edición universitaria y sociedad líquida

La Asociación de Editoriales Universitarias Españolas indicó que 63 entidades publicaron en 2010 unos 4,443 títulos de los cuales 3,960 son novedades. Otros datos más actualizados indican que los 66 socios de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas publican 10 mil títulos al año. Lo que es cierto es que el libro universitario representa 10 % del mercado del libro en España. La Cámara Argentina del Libro señaló que en 2009 los títulos universitarios representaban 6% de la edición del país con 1,200 publicaciones al año; y actualmente llegaron a 10 %. En Brasil, las editoriales universitarias son responsables de casi 10 % de los títulos producidos anualmente. Las editoriales universitarias de Chile, en 2008, publicaban 20 % de los libros chilenos. De los 12,362 títulos que se produjeron en Colombia durante 2013, provinieron 2,085 de las prensas universitarias.

La edición universitaria constituye 9 % de la oferta regional de libros en Latinoamérica. En el mundo anglosajón el libro académico cubre 30 % del catálogo comercial. En 2009 la edición universitaria representó en México 20 % de la producción nacional (3,360 títulos) y en 2011 fue 16 % (3,736).

Es claro que este ambiente de nuevas tecnologías de comunicación, de redes de conocimiento, de transformación de la lectura, de cambios en la educación nutre el desarrollo de la edición académica. Edgar García Valencia, que habla a nombre de la Red Altexto, bien señala que uno de los aspectos que definen al libro académico es el diálogo. Ese elemento conecta con una sociedad líquida, participativa, transdisciplinaria, colaborativa.

Sin embargo, pronto notaremos que la infraestructura para la comercialización de libros perderá complejidad y que un reto mayor a la multiplicación de los puntos de exhibición, enlazar librerías universitarias, coordinar catálogos, consolidar canales de difusión, certificar el material bibliográfico, será incrustarnos como editores en el diálogo constante y dinámico entre autores y lectores.

30 de noviembre de 2015

Universidad y cultura del libro

Lo que llama la atención de Alejandra Stevenson es su preocupación porque la producción del libro universitario chileno ponga el acento en un perfil académico. No le gusta el catálogo universitario con libros de difusión, y menos con libros infantiles, y piensa que las editoriales universitarias que lo construyen sólo buscan el sostenimiento financiero.

Al contrario, mucho de lo que editan las universidades en México tiene que ver con la difusión de la cultura y las colecciones más representativas son de creación li-

teraria. Sólo hay que mirar los fondos de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad de Guadalajara y la Universidad Veracruzana.

Desde el principio de la dictadura de Augusto Pinochet, a cada universidad chilena se le asignó un rector que designó a las autoridades académicas y administrativas y las normas y programas universitarios fueron intervenidos. Después de la dictadura, las universidades estatales y privadas chilenas han luchado por establecer una política editorial enfrentando la falta de financiamiento. No sólo hay en los editores chilenos la responsabilidad de mantener un catálogo con un buen nivel académico sino que, además, la de emplear los recursos económicos de tal manera que puedan recuperarse con un margen de ganancia que permita la inversión en nuevos proyectos. Y, por supuesto, el principal problema es la promoción.

En *Historia del libro en Chile*, Bernardo Subercaseaux expone que Juan Egafia, durante la oración inaugural de la Universidad de San Felipe en 1804, dijo que era una ocasión de desligarse de una época en que, y cito: "Son los libros el bien menos interesante". Siete años después llegó de Nueva York a Valparaíso una imprenta de la que saldrían el primer libro y el primer periódico chilenos. Más allá de que esto muestra la liga entre universidad y la cultura del libro, según lo que nos cuenta Stevenson, esa visión utópica de un Chile orientado al conocimiento a través de la lectura pervive en nuestros días.

4 de enero de 2016

No es cuestión legal, es literaria

En octubre de 1951 el periodista Fedde Schurer acudió a una audiencia judicial por un incidente de tráfico con un veterinario y habló en frisio a pesar de que el juez lo conminó insistentemente a expresarse en holandés. Fue

multado por desacato, pero hubo un disturbio a favor del derecho a la utilización del frisio o frisón. Schurer diría de ese momento: "No fue un caso legal para mí, fue una cuestión literaria" porque, para él, el lenguaje íntimo, el lenguaje de la madre tenía que ver con el espíritu.

Por eso es más que plausible que Jant van der weg-Laverman hable de lo que se está haciendo en los Países Bajos sobre ediciones de libros infantiles en frisio y jornadas de literatura frisia.

Vimos que en los Países Bajos, durante los últimos años, por falta de fieles, muchas iglesias se demolieron o transformaron en bibliotecas, librerías, restaurantes y edificios de departamentos. Nos admiramos, además, del cierre de cárceles por falta de presos. Sin embargo, ahora tenemos el fin de bibliotecas por falta de fondos o por la sustitución del formato papel por el medio electrónico.

A la larga, los acervos bibliográficos serán sustituidos por repositorios electrónicos y el préstamo bibliotecario será lectura en pantalla. No es algo para asustarse, pero debe alertarnos por la posible pérdida de contenidos. Ya sucedió en algunas bibliotecas y hemerotecas que apostaron por la microfilmación y destruyeron ejemplares en papel. Al dañarse el microfilm se quedaron sin lo uno y sin lo otro.

Otra cuestión interesante que menciona Van der weg es que en los Países Bajos existen sindicatos de autor. Las asociaciones de escritores incluyen a guionistas, periodistas y traductores. ¿Por qué esta idea no se retoma en países iberoamericanos? En México existen sociedades de gestión colectiva que ofrecen representatividad para la defensa del derecho de autor y cobro de regalías, pero un sindicato autoral podría ocuparse de aspectos tales como seguro médico, planes de retiro y fondos de defunción.

18 de enero de 2016

Ser promesa

En 1974 se formó en Argentina un comité ejecutivo integrado por varias instituciones afines al libro para organizar la primera Feria Internacional "El Libro Desde el autor al lector". Ese comité siguió trabajando anualmente hasta que en 1984 se instituyó como Fundación El Libro, que es de la que nos habla Teresita Valdettaro.

La Fundación no sólo organiza ferias, congresos, encuentros y jornadas profesionales, sino certámenes y coordina donaciones. Es un organismo funcional, al contrario del Consejo Nacional de Fomento para el Libro y la Lectura que en México creó la Ley de Fomento para la Lectura y el Libro. La razón de esto podemos verla en la intervención del Estado mexicano en ese órgano que refleja una organización vertical. En Argentina son los autores, papeleros, impresores, editores y libreros los que coordinan esfuerzos para impulsar la cultura del libro. Son estas sociedades intermedias las que conocen y mueven el mercado. Esa representatividad posibilita una organización horizontal, una organización por comisiones.

No por nada, Argentina es el país iberoamericano que más lee. El promedio anual de lectura de libros es de tres al año, pero se leen mucho revistas y periódicos. Buenos Aires, la llamada Reina de la Plata, fue elegida por la UNESCO como Capital Mundial del Libro 2011. El World Cities Culture Forum había nombrado ya en 2010 a esa ciudad como capital mundial de las librerías porque tenía 734, es decir, una por cada cuatro mil habitantes.

José Ortega y Gasset escribió varios ensayos sobre sus estancias en Argentina. Decía que en todo paisaje la mirada se fija en lo que está en primer término y luego se atiende el trasfondo, pero en la Pampa es al revés. La vista va al horizonte, a la lejanía, a una constante y omnímoda promesa y decía: "Acaso lo esencial de la vida argentina sea eso, ser promesa". Mucho está haciendo y mucho proyecta la Fundación El Libro. En esa zona de promesas que

se estructuran no hay una política de estado sino una estrategia gremial.

25 de enero de 2016

Canales digitales

Como expresa Jaime Iván Hurtado, podemos embelesarnos o incluso asustarnos con la tecnología del mundo digital, pero un editor preguntará cómo concretar, bajo una perspectiva estratégica, un plan de negocio o un proyecto específico.

El camino editorial va de la expresión de ideas, conocimientos o sentimientos a su propuesta comunicativa, de la propuesta comunicativa a los espacios de distribución, y de la distribución al lector. Sin embargo, también es necesario editar las nuevas tecnologías, estudiarlas y transformarlas en un modelo de negocios.

En 1876 Alexander Graham Bell se apropió el telégrafo parlante de Antonio Meucci. Sin embargo, cuando Bell lo mostró al público, a su suegro Hubbard le pareció sólo un juguete; el presidente norteamericano Rutherford Hayes no pudo imaginar quién querría usarlo; y hubo quien opinó que los británicos no necesitarían aquel artilugio porque tenían gran cantidad de muchachos mensajeros.

Cuando el teléfono se presentó como una solución comunicativa, cuando se institucionalizaron las prácticas del mensaje telefónico, cuando se editó, entonces pudo difundirse y ser un medio. Lo mismo pasó con el papel electrónico que es la base tecnológica de los lectores electrónicos, que han posibilitado el desarrollo de los libros electrónicos tanto en la multiplicación de contenidos como en el enriquecimiento de las propuestas gráficas y las aplicaciones.

El trayecto para editar la tecnología va de la innovación tecnológica a la conciencia de su aplicación, de ello a

la propuesta y de la propuesta a su socialización. Editores, impresores, libreros, bibliotecarios, deben buscar de manera audaz más y mejores ofertas de comunicación ante las nuevas rutas de la ciencia y la tecnología.

Los editores no están solos en esto. Hay empresas como Hipertexto que ofrecen a los sellos editoriales la construcción de su propio canal digital, el sumarse a su sistema global de distribución de contenidos o entrar a todo un ecosistema digital de distintos formatos.

22 de febrero de 2016

Los niveles de lectura

Marianne Ponsford, la directora del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, señaló como fundamento del programa de ese organismo la medición de la lectura. Antes comentó que el libro y la lectura ya no son sinónimos y que existe una lectura fragmentada, frágil, dispersa, asistemática, que los jóvenes consideran que los representa. Por eso la última metodología de medición lectora incluyó internet.

Más allá de cuántos libros se consumen en los diferentes países miembros del CERLALC, Ponsford acepta que lo importante es indagar qué se lee, cómo se lee y cuándo se lee. ¡Menuda labor! Daniel Cassany en *Tras las líneas* nos dice que "Leer en la red es más complicado que en una biblioteca de ladrillo". La complicación es determinar precisamente los niveles de lectura porque el hecho de que los habitantes del mundo pasen en promedio cerca de nueve horas semanales en internet, no quiere decir que tengan experiencias literarias, a menos que se equipare la literatura con los emoticones.

Para José Vasconcelos tenemos libros que se leen estando uno sentado y libros que se leen de pie. Los primeros pueden ser muy amenos y entretenidos, los úl-

timos son los que transforman. Unos libros olvidamos y otros adoptamos. Manuel Aguilar, el fundador de editorial Aguilar, dividió en su autobiografía a los libros en dos grupos: de utilidad práctica y de placer. Umberto Eco habla de dos clases de libros, los que se leen y los que se consultan. Hay, pues, libros que son herramientas, podemos fabricar con ellos, y otros que son instrumentos, los que brindan una sesión artística.

Esa categorización puede trasladarse al ciberespacio. No leemos todo el tiempo que pasamos frente a la pantalla. Ni siquiera lo hacemos dentro de los sitios electrónicos de revistas, periódicos y bibliotecas. Si, como nos dice Ponsford, escribir a mano desarrolla conexiones neuronales y eso no lo hace el apretar teclas, tampoco contemplar una imagen es igual a decodificar la tipografía.

14 de marzo de 2016

Tanto monta, monta tanto

Bien hace Joel Torres al reconocer el Copyleft como una filosofía, porque brinda facilidades para la libre circulación de la actividad intelectual de manera comercial o gratuita. Consiste en una simbología normalizada que evita tocar ventanillas para obtener licencias y permisos y hace estériles los instrumentos contractuales. Podemos así brindar o tomar obras susceptibles a ser usadas, modificadas y distribuidas.

Esto no cancela al derecho de autor. No se trata de un sistema alternativo al copyright, porque las obras con etiqueta copyleft son protegidas, pueden ser registradas y, si existiere algún abuso tal como una apropiación, el titular de los derechos puede desatar una querella, una denuncia o una demanda.

También se trata, lo señala Torres, de dar seguimiento a los contenidos, proporcionando a los editores y bibliotecarios las mejores prácticas y los estándares in-

ternacionales para la administración de información. Sin embargo, ese hilo de Ariadna, se convierte en un nudo gordiano porque ni la creación de contenidos, ni el trabajo editorial tienen que ver con departamentos estancos.

Nuestro mundo va a caballo de la interdisciplina y multidisciplina a la transdisciplina, de la creación individual a la generación colectiva de contenidos, de la página estática a la página líquida y del texto al hipertexto y el cibertexto. Estamos inmersos en la cultura *hacker* de todo abierto y la filosofía *edupunk* del hágalo usted mismo. Esos son los retos.

Alejandro Magno, en su paso por Frigia, cortó con la espada el nudo que, según la leyenda, sólo desataría el conquistador de Asia. A la sazón expresó: "tanto monta cortar que desatar". Fernando II de Aragón, el rey Católico, incorporó en su emblema la frase "Tanto monta" y suscribió documentos bajo el lema "tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando", aludiendo la unidad de las diferencias en el reino español. Pues bien, hoy por hoy podemos parafrasearlo y decir "tanto monta un repositorio con acceso abierto como una estantería inaprensible".

25 de abril de 2016

El libro como apuesta del futuro

La humanidad ha ido cambiando su apreciación del libro como objeto y también hay un devenir en la representación de los formatos del libro en el arte. Del volumen que se desplazaba de manera horizontal se pasó al rollo vertical, al que poco a poco desplazó el códice con tapas.

Durante el Medievo, fue muy común la representación del libro como el objeto que porta el Pantocrátor, Cristo todopoderoso o Cristo en majestad. Mucho cambió con la raíz Gutenberg, es decir, la aparición del libro

industrial, de la reproducción sistemática de ejemplares a partir de un prototipo.

La difusión de la imprenta fue uno de los factores que extendieron la reforma protestante y su reacción, la contrarreforma, puso un fuerte acento en la espiritualidad que trajo consigo una meditación sobre lo mundano, la presencia de la muerte y una estética del desdén. San Ignacio de Loyola llegó a recomendar el imprimir en el alma el horror a la muerte. Convenía, en esa circunstancia, tener cerca una calavera, como recuerdo de que somos polvo.

A la calavera, que es un *memento mori*, un recuerdo de la fugacidad del mundo, se unió el libro como elemento iconográfico de las *vanitas*. Las *vanitas*, reflexiones sobre la temporalidad, son representaciones pictóricas con calaveras, comúnmente colocadas sobre algún libro cerrado. El libro, igual que los anteojos y las plumas, se tomó entonces como símbolo de la fatuidad de la sabiduría.

Actualmente, el libro significa perpetuidad, pero todo cumpleaños es de algún modo un *memento mori*. En el aniversario del programa radiofónico *Interlínea. Cultura editorial* no podemos más que recordar con Francisco de Quevedo que el tiempo ni vuelve ni tropieza y, además, tener presente su alegoría de la lectura como escuchar con los ojos a los muertos. *Interlínea* es observar, apreciar, leer el mundo editorial con los oídos. A fin de cuentas, tengamos esperanza, la suma de voces de Interlínea, entre ellas el editorial Hipertexto, es un legado, una promesa, una apuesta por el futuro.

16 de mayo de 2016

El ecosistema científico

Los avances científicos y las innovaciones tecnológicas más trascendentes, útiles y que aterrizan de un modo u

otro en la vida de las personas de bien y de a pie se generan en las empresas y no en las universidades. En México, por cada diez patentes registradas ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial, sólo una no proviene de compañías.

Se dirá que la iniciativa privada cuenta con mejores laboratorios y cuantiosos recursos, pero la infraestructura de investigación de nuestras instituciones educativas no es menor, particularmente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Si bien es cierto que a las empresas las mueve un ánimo de lucro que es un poderoso motor, hay privilegios de las universidades que no tiene la industria como toda la serie de incentivos, o como la concentración de los sobresueldos que representan el Sistema Nacional de Investigadores y los apoyos del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Otras ventajas son los mecanismos colegiados para proponer y dar seguimiento a los temas de investigación.

Muchos explican esta situación de preeminencia de la investigación empresarial por una falta de cultura del registro del derecho intelectual entre nuestros investigadores universitarios, pero en el fondo existe una ausencia de compromiso social, de buscar soluciones a problemas sociales.

Actualmente no se trata de ver para qué sirve la ciencia sino de cómo se comunica la labor de los científicos. Existe una tradición en las entidades académicas de mostrar sus avances por la cantidad de artículos que publican en las revistas indexadas y el número de citas que se logran. Esas son las herramientas para competir por financiamiento, premios e incentivos y, en esa lógica, Elsevier, como nos platica Tommy Doyle, es una magnífica herramienta. Pero también, Elsevier atiende la vinculación social porque enlaza a los editores y agregadores de contenido con las bibliotecas y la industria, lo que, a fin de cuentas es abrir posibilidades al ecosistema científico.

23 de mayo de 2016

Días alciónicos

Daniel Benchimol nos dice que, con referencia a la edición electrónica, estamos en la era de la imprenta de Gutenberg, reconfigurando las actividades de la industria editorial, así como los modelos de negocio. También se trata de revisar conceptos ya que, lo expresa Benchimol, tenemos otro tipo de autores, otro tipo de lectores, y no hay algo que podamos llamar libro digital.

En efecto, mucho se habla de un cambio de paradigmas, pero apenas estamos en la prehistoria de ese cambio. El texto deja de tener una jerarquía central por la vigencia de procesos de transmediación en el aprendizaje y la comunicación. Hay ejemplos muy curiosos como las novelas cuya narrativa es un encadenamiento de gifs.

Sin embargo, no sólo hay imágenes y sonidos incorporados a los nuevos discursos. El texto se vuelve líquido y fluye por derroteros personales. No hay obras definitivas sino maleables, característica que corresponde con el mundo líquido del que habla Zygmunt Bauman, en el que todo es volátil, hasta los marcos cognitivos. Precisamente esa inconsistencia ha transformado al medio editorial de ser una tecnología dura, que ofrece productos tangibles, es decir impresos, a una tecnología blanda, que ofrece contenidos.

Las competencias digitales son necesarias para la creación de contenidos, para la intervención o edición de contenidos y para la comunicación o comercialización de esos contenidos. Esas competencias cada vez son más accesibles pero, paradójicamente, su proliferación las vuelve más complejas.

Pero ante esa sociedad líquida, ese conocimiento blando y esa complejización, debemos buscar la reflexión y el sosiego. Nos sirve para ello la definición de los días alciónicos que incorporó la editorial Revista de Occidente en su colección de la obra del filósofo Julián Marías: *En medio del invierno, sazón de tormentas y tempestades, los vientos cesan de soplar y se hace la calma. Son los días en*

que, según el viejo mito, el alción construye sosegadamente su nido para que la vida siga.

11 de julio de 2016

El poder transformador del libro

Muchos saludamos con entusiasmo la llegada de Carlos Anaya Rosique a la presidencia de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, porque se trata de un editor maestro de editores, un hombre que ha hecho escuela, que sabe del negocio y es sensible a las necesidades de los lectores, los autores y los profesionales del libro.

Su presencia, como él advierte, es signo de un cambio generacional, en la que los dueños de las empresas editoriales dejan el paso a los directivos que responden ante un consejo de administración. Son personas cuyo mérito, para dirigir las empresas, no es tener el apellido de sus fundadores. El gremio del libro pasó a ser de familiar a profesional, esa es su fortaleza, su espacio de oportunidad. Hay un dicho que indica "abuelo arriero, hijo caballero, nieto pordiosero", que nos advierte del peligro de heredar riquezas sin que estén acompañadas de valores. ¿Cuántas editoriales y librerías en México se desbarrancaron por no tener una organización permanente?

Thierry Discepolo en *La traición de los editores* nos explica que la mayoría de los editores ya no cree en las leyendas que la profesión alimenta para darse ánimo, no cree en los buenos libros; pero viene Carlos Anaya, orgulloso de ser editor, a reiterar el papel de servicio de la Cámara y a decir que su esfuerzo será poner al libro en el centro de la atención nacional. Es claro que una sociedad no puede tener futuro sin el desarrollo de una pieza fundamental para el ecosistema cultural y el sistema educativo, que es el medio editorial.

Concibe Anaya a la Cámara como un organismo vivo, propositivo e innovador, lo que ya nos dice que trabajará para preservar el futuro del gremio, por lo que puede y debe ser. Y ese trabajo sólo será probable y posible con la participación responsable de todos los agentes del libro: los editores que pertenecen o no a la Cámara y quienes participan de la cultura editorial, como libreros, impresores y bibliotecarios, es decir todos los que creemos, con esperanza, en el poder transformador del libro.

18 de julio de 2016

Cibereditores y editores 2.0

La Universidad de Padua alberga el anfiteatro anatómico más antiguo y extraordinario. Es un embudo de madera con bancas en las gradas, tan estrechas como para no dejar caer al suelo a los estudiantes que, afectados por el olor o su sensibilidad, podrían desmayarse al asistir, por horas, a la disección de un cadáver en la mesa del fondo.

Esa arquitectura de aprendizaje tiene su correspondencia en los fondos editoriales universitarios que diseccionan al ser humano y a la humanidad, es decir lo desmenuzan, analizan y referencian sus partes. A través de libros, nos asomamos a honduras y abismos que a veces producen vértigo. Los estatutos de la Universidad de Padua, que proceden del siglo XIII, indican que sin ejemplares no hay universidad. La cultura libresca es ontológicamente universitaria.

La complejidad creciente del sistema librero responde a nuevas actitudes en la generación y adquisición de conocimientos, nuevos entornos tecnológicos y nuevas prácticas lectoras, como la multimedial o hipermedial, vigentes hoy en día.

Por eso es tan importante la labor de capacitación permanente de los editores universitarios, que coordina

Guillermo Chávez en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es toda una reeducación. Al fin y al cabo, la ley de Revans nos dice que: "Para sobrevivir, un sistema educativo debe aprender al menos a la misma velocidad con la que cambia su entorno".

Sin embargo, debemos tener claro que la edición universitaria no puede cambiar ante la tecnología digital y la cultura digital, porque es parte de ese mundo. Los ahora cibereditores de libros universitarios y editores 2.0 de revistas académicas deben estar conscientes de que son constitutivos de cambios.

No se trata de dotar de herramientas a los editores, para eso hay tutoriales y visualizaciones, sino de enseñar a los editores nuevos modos cognitivos para que aprendan, convivan y diseñen en su entorno conectivo-digital y colaborativo.

Una editorial sin razón, una editorial sin sentido, una editorial sin mirada, es una editorial sin futuro.

7 de noviembre de 2016

Una nueva cultura académica

Comenta Carla Lennox que las plataformas para la investigación, como J Stor, que fueron creadas para la administración de información de las revistas académicas, en los últimos años están incorporando libros electrónicos con el objetivo de que sean más visibles.

En un mundo en el que el recurso más abundante es la información, parece lógico encontrar las virtudes de las herramientas que hacen posible las búsquedas de datos, el conocimiento referenciado, la construcción de documentos científicos y la medición del factor de impacto. Al fin y al cabo es obsoleta la imagen de un académico suscrito a algunas revistas, examinando ansioso su conte-

nido, corrigiendo o adecuando las ideas de sus colegas, y escribiendo los resultados.

Hay dos situaciones que convergen en una nueva cultura académica. Por una parte, el comportamiento de los Millennials o Generación del milenio que es impaciente y quiere todo masticado y digerido. La otra cuestión es la mayor selección que necesita la asignación de un presupuesto para la ciencia y la educación estático o menguante, entre una creciente población de investigadores. Repartir el pastel de la inversión científica entre más personas exige hacer cada vez más complejas las reglas del juego.

Sin embargo, todo esto no es más que un espejismo. Ya lo advertía el filósofo Jean-Marc Lévy-Leblond cuando mencionaba que la torre de marfil es pobre en espejos y los científicos casi no reconocen su imagen.

La industrialización de la ciencia ha causado que las revistas académicas se conviertan en entidades evaluadoras más que en medios de comunicación. Además, la estandarización de los procedimientos de escritura y edición produce artículos científicos monótonos, aburridos y alejados del público lector.

El círculo de usuarios de revistas académicas se ha organizado para leerse y citarse entre sí. Lo interesante será el debate que se presente cuando ese modelo intente trasplantarse al campo de los libros universitarios, donde lo esencial son los contenidos.

30 de enero de 2017

Nuestro verdadero y abierto acceso

En efecto, los caminos de los mundos editorial y educativo son muchos y se entrecruzan y en esta nuestra sociedad líquida hay bruma, escollos, bifurcaciones, recodos, hondonadas y descarríos.

"A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado", dice el Dante en el primer cántico del infierno de la Divina Comedia, donde el poeta Virgilio le sirve de guía. Ivonne Lujano-Vilchis nos propone que utilicemos al Directory of Open Access Journals (DOAJ) como un Virgilio, como una pauta estable y coherente en el circuito mundial de la comunicación científica.

Podemos preguntar por qué no unificar con DOAJ la multiplicidad de sistemas de información que solicitan más o menos los mismos criterios para la promoción de la calidad editorial en las revistas académicas. La industria de los directorios y repositorios duplica esfuerzos y consume recursos.

Vemos muchas virtudes en un directorio concentrador de revistas académicas de acceso abierto que cumplen ciertos requisitos para demostrar su seriedad, certidumbre y rigor. En esa gran hemeroteca los lectores podemos asomarnos para ver qué se investiga en el mundo y saciar la curiosidad.

Sin embargo, DOAJ no es un directorio que esté cercano a la sociedad porque sirve a un público con intereses específicos, los que deben seguir reglas científicas y adquirir una pericia que utilizan los autores científicos y pulen los editores científicos. Las formas de las revistas que engloba están alejadas de los ejercicios clásicos de creación autoral y de edición, de la heroicidad e intrepidez del espíritu. Sus ataduras y marañas no corresponden con el desarrollo de empresas editoriales que buscan lectores, enriquecen el lenguaje y ensayan discursos gráficos.

Esas prácticas normalizadas van a contracorriente de nuestros tiempos, que son mucho más accesibles y abiertos que el acceso abierto. Estamos pasando del pensamiento lineal al pensamiento relacional y de la página estática a la página líquida. Ese es nuestro verdadero y abierto acceso.

20 de febrero de 2017

Las ineludibles redes

Vivimos en un mundo sobreinformado, interconectado, intercultural, complejo, líquido, y en el que el sistema de vigencias está basado en la colaboración. Las redes son ineludibles. En ellas las personas y las instituciones aprendemos, nos comunicamos y desarrollamos. No son una opción, como pudieron serlo hace décadas, sino un medio.

Las editoriales universitarias ven en las redes la forma de sumar sus fortalezas y subsanar sus debilidades. Más allá de las diferencias de sus miembros, se basan en propósitos comunes para construir proyectos que van desde la difusión de catálogos, cuestión de por sí valiosa, a la coordinación operativa, la interacción con gobiernos y organismos empresariales o el impulso integral del sector.

Daniela Verón nos habla de la experiencia de la Red de Editoriales de Universidades Nacionales de Argentina, que define como una red solidaria, y podemos apreciar sus resultados en cuanto a capacitación, proyección y distribución.

Hay otras redes, como la Asociación Brasileña de Editoriales Universitarias, la Asociación de Editores Independientes Universitarios y Autónomos (que es chilena), la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia, la Editorial Digital Universitaria (que es cubana), la Red de Editores Universitarios y Escuelas Politécnicas de Ecuador, la Red de Editoriales Universitarias Privadas Argentinas, la Red Internacional de Universidades Lectoras, la Red Nacional Altexto de México, el Sistema Editorial Universitario Centroamericano o la Unión de Editoriales Universitarias Españolas.

Esas redes trabajan con distintos alcances y velocidades porque no son representaciones asistenciales sino ejes dinámicos. La suma de liderazgos parece esencial para el nivel de interlocución y su impronta en lo regional, nacional e internacional. Hay que pensar que una red no es tan robusta como el número de sus miembros sino lo

es en la medida que cada uno de esos miembros cuente con ella, que sea parte insustituible del entramado de su planeación.

20 de marzo de 2017

Métrica social

Antonio Sánchez Pereyra, responsable del repositorio SciELO, nos dice que la evaluación adquirió una dimensión desproporcionada. No sólo se evalúa con factores de impacto y otros indicadores al investigador sino a revistas, instituciones y países. Y es que un sistema de tasa y medición está basado, a fin de cuentas, en categorización, comparación y competencia.

En 2007, con Gary Wolf y Kevin Kelly, se inauguró el movimiento del Yo Cuantificado que es una forma de entender la vida a través de su registro digital con ayuda de gadgets, sensores y otras herramientas. Se recopilan datos de todo: ritmo cardiaco, niveles de glucosa, horas de sueño, pasos, parpadeos, excreciones, humedad del ambiente, compras, experiencias artísticas, momentos de felicidad... El hombre ya no es la medida de todas las cosas, son las cosas las que miden al hombre. La huella digital ha devenido en diseño digital. Eso también pasa en la academia.

En lo deportivo y en la actividad universitaria basada en monitoreo o rankings, encontraremos niveles de excelencia y desecho, premios y fracasos, honor y ordinariez. Bajo esa lógica, una inmensa cantidad de personas escriben y publican para que algunos sean vistos o citados y unos cuantos sean gratificados con financiamiento.

El barón Pierre de Coubertin, durante la inauguración de los primeros juegos olímpicos modernos en Atenas en 1896, citó una frase latina *Citius, altius, fortius*, es decir "más rápido, más alto, más fuerte". Ese era el lema ideado por el fraile Henri Didon para la representación de-

portiva de la Escuela Dominicana de San Alberto Magno de Arcueil, Francia, que él dirigía. Podemos parafrasear el lema y establecer como ideal del académico digital: más publicado, más citado, más punteado.

La métrica individual de nuestra cibercultura construye una métrica social. Generamos información esperando que los datos sean referenciados y leídos, pero no alcanzamos a intuir una secuencia narrativa. El futuro de la cienciometría es, pues, imperceptible.

24 de abril de 2017

Escuchemos los caminos

Para el filósofo José Ortega y Gasset "somos proyecto y proyectil, saetas de tiempo buscando el mejor blanco". Por eso una de las colecciones sobre su obra, en la editorial Revista de Occidente, se llama El Arquero. Hay una suma de aciertos y yerros en esta vida, pero los intentos cuentan igual.

En mi humilde opinión, no somos lo que deviene del ser sino el resultado de lo que queremos ser. Somos obra y omisión, pero entre eso existe también algo. Es inmensamente mayor el saldo de flechas que dejamos en el camino. Son propuestas que por desidia o falta de recursos se quedan en conato, tentativas que no pudieron concretarse, sueños irrealizados.

Decía Kafka que leemos para hacernos preguntas, pero, en esa misma tesitura, podemos decir que leemos para ver las huellas de otras personas perderse o encontrarse, mirar senderos ajenos de acierto y equivocación y encontrar otros caminos.

"Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro y la edición" es la sección que el de la voz ha mantenido en el programa *Interlínea. Cultura editorial*, del que celebramos un tercer aniversario. Ha querido esa sección ser más que

una cápsula de opinión, una propuesta de alternativas, un enfoque para multiplicar preguntas. Nos hemos acompañado para escuchar caminos.

Somos en la vida arqueros que tiran a un blanco, pero al escuchar Hipertexto del programa *Interlínea* ustedes sostienen conmigo firmemente el mismo mango y dirigen la misma flecha a la misma diana. Hemos compartido jornadas de exploración y aventura. En mi aljaba, más que conocimiento he portado imaginación.

Para la mitología nórdica el dios de los arqueros se llamaba Vali y, como los rayos de luz que cruzaban el firmamento se juzgaban flechas, también era el portador de la luz eterna. Ante las luces de Vali morían los días oscuros del invierno. Pues bien, usemos la alegoría y tomemos como flechas no las brillantes luces de inteligencia, sino aquellos destellos de buena intención que son las voces de los caminos. Escuchemos los caminos.

16 de mayo de 2017

Profesionalización universitaria

¿Es posible tener una editorial universitaria sin editores profesionales? Esa pregunta se hace Pablo Cárdenas de la Universidad César Vallejo del Perú y su respuesta es no. Ante la complejización de la actividad editora hacen falta programas de profesionalización y líneas de vinculación.

Esto puede ser lógico, pero el problema es si la necesidad precede a la propuesta, si debemos tener excelentes editoriales para que existan buenos editores académicos o si el capital humano, que es un presupuesto, debería encausar a las editoriales, que son una consecuencia.

Si hace unas décadas las universidades se preocupaban por publicar, ahora existe una exigencia por editar bien, con profesionalismo; y si hace unos años los universitarios se ocupaban por editar, hoy buscan mejorar la distribución.

Parece que las editoriales universitarias se van adaptando a las circunstancias del mercado lector y a las exigencias de organismos académicos que controlan los apoyos presupuestales para el estudio y la investigación.

Ya Jorge Luis Borges había llegado a la conclusión de que la causa es posterior al efecto, que el motivo del viaje es una de las consecuencias del viaje. Sin embargo, los editores universitarios no debemos estar sólo atentos a la innovación sino ser innovadores.

La edición exige mayores competencias, sobre todo ante el ecosistema digital en el que se crean, publican y distribuyen contenidos y se dan nuevas materialidades y formas alternativas de decibilidad. Los editores universitarios están para indagar, ensayar y explorar y no pueden concebirse como meros agentes de aprendizaje.

Decía el poeta Pepe Alameda que el toreo no es graciosa huida sino apasionada entrega y quienes entramos al mundo editorial advertimos que es posible que esa verdad se traslade de la tauromaquia a la edición. No esperemos las universidades a ver lo que hace la industria editorial para modificar los temas y formas de nuestro catálogo sino asumamos nuestro papel protagónico, construyamos el futuro.

5 de junio de 2017

Distribución de libros universitarios

Entre las varias cuestiones que trata Rafael Centeno, editor de la Universidad Nacional de Quilmes, destaca el problema de la distribución de libros universitarios. Centeno confronta la situación entre México, país donde nació, y Argentina, país donde profesa. Comenta que los mexicanos tenemos el apoyo del Estado y los argentinos, en cambio, han formado redes de distribución de libros universitarios.

Pienso que hay, quizá, un estilo mexicano de administrar la cultura y es mantener y aplaudir proyectos dispendiosos sin solicitarles resultados. Existen dos organismos descentralizados del Estado que omiten a la edición académica. Ni la editorial estatal, el Fondo de Cultura Económica, ni la comercializadora de productos culturales, Educal, se han ocupado de plantear, proyectar o brindar su apoyo a las universidades editoras. Basta preguntarnos: ¿buena parte del catálogo que distribuyen o comercializan está formado por libros universitarios?, ¿hay en sus librerías títulos de varios sellos universitarios?, ¿existe algún lugar especial no para la UNAM, ni siquiera para algunas cuantas universidades, sino para el libro universitario en general en los programas culturales del Fondo?

Esos organismos oficiales no pueden dar lo que no tienen. Ya lo ha comentado Gabriel Zaid, que el potencial creador suele ser destruido por "una red de trámites, reglamentos, controles, auditorías, subordinaciones, coordinaciones, programaciones, definiciones, indefiniciones, antesalas, grillas, presiones, tironeos, despidos, inseguridad". El problema es que todo esto es indicativo de la falta de una política de Estado para el libro, para la lectura, para la cultura.

Los editores argentinos han formado redes de distribución. Es un ejemplo, un camino, una intención. Imagino que en algún momento los universitarios en México podrán ponerse de acuerdo, sumar sus puntos de venta e intercambiar material bibliográfico. Después de todo, dialogar y colaborar es el estilo de vida, el modo de ser, universitario.

17 de julio de 2017

Comunidades de lectura

Decía Oscar Wilde que el arte no debería jamás hacerse popular, que era el público quien debería intentar hacerse artístico. Cuando uno intenta transmitir el amor por el galano arte de leer, se topa con una disyuntiva semejante. Lectura oral o silenciosa, lectura escolar o casera, literatura o materiales que hablen al modo de ser del lector, lectura de clásicos o diversión en forma de lectura. Son vías para escoger.

Anne-Marie Chartier señala su encrucijada cuando dice que el gran reproche que se le hace a la escuela es que escolariza todo lo que toca y una cosa escolarizada es algo que se vuelve obligatorio, impuesto y aburrido. Sin embargo, su trabajo es la enseñanza y el ejercicio de la lectura.

Lo que debemos tener claro es que hay una transformación profunda de la escuela, tanto que nos llegamos a preguntar si la escuela tiene futuro. Ken Robinson pregona que la escuela mata la creatividad, que nuestro sistema educativo ha explotado nuestra mente lo mismo que nosotros hemos explotado al planeta. Es tiempo de entornos personales de aprendizaje, redes de conocimiento, audiencias interactivas, comunidades anfibias y adquisición de competencias por multimedios.

En ese sentido, los esfuerzos de personas como Chartier para que los escolares descubran grupalmente la lectura, son esenciales. Construir comunidades de aprendizaje es también buscar lecturas en convivencia, lecturas compartidas.

Tenemos librerías sin libros, bibliotecas sin bibliotecarios, edición sin editores, obras hechas por algoritmos y universidades sin *campus*, ¿por qué no habríamos de compartir una cultura lectora más allá de los modelos educativos?

Pero, ¿para qué promover la cultura lectura en un mundo violento, caótico y superficial? Sencillamente para dar a otros una vida interior. Un capítulo de la serie tele-

visiva *Penny Dreadful*, creada por John Logan, se llama: "Recuérdanos mejor de lo que somos". Ese, y no otro, es el mensaje que deberíamos dejar en aquellos a los que intentamos contagiar la lectura.

4 de septiembre de 2017

La seducción del rendimiento

Perdón, pero ni es verdad que en las antípodas de la edición universitaria encontremos el enfoque comercial de un segmento editorial predador, ni es cierto que los editores universitarios son demasiado éticos, como declara Marcelo Luciano de la Asociación Brasileña de Editoriales Universitarias. Se entiende que exista una idealización de la expresión libresca del mundo universitario, pero, por ventura, sólo algunos editores comerciales son ventajistas y, por desdicha, la torre de marfil de la edición universitaria tiene varias grietas de infamia, codicia y mendacidad.

Algún escritor argentino sabía muy bien la diferencia entre los buenos propósitos y su materialización, cuando decía: "El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges". Y, si algo nos ha enseñado la historia, es que la seducción del rendimiento incluye a los universitarios que buscan espacios en las publicaciones, incluso por medios fraudulentos, para engrosar sus reportes y aumentar sus puntajes de gratificación.

Pero si jugamos a las generalizaciones, podemos decir que han existido editores que saben leer pero no contar (entre los cuales están los universitarios) y los editores que saben contar pero no leer (entre los que están los grandes grupos editoriales).

No podemos los universitarios regodearnos por exhibir de manera inadecuada nuestros catálogos, preciarnos por no vender y, sobre todo, jactarnos de que nuestros contenidos no entretienen. En los tiempos que

corren la comunicación entre los creadores de contenido y los consumidores debe ser amable, cordial e íntima.

Los sellos académicos dejarán de serlo si no conocen al mercado lector y trabajan en propuestas para vender cada vez más y de mejor forma a sus autores, si no convierten sus librerías en centros de convivencia y si no consiguen que sus publicaciones académicas enriquezcan y hagan gozar al público.

Para las universidades editoras, no atender estas cuestiones sería más que un pecado de omisión, un suicidio histórico.

9 de octubre de 2017

Madurando hacia la infancia

Al hablar del triángulo de Penrose, una estructura imposible, Pepe Gordon, en su reciente e imperdible libro *El inconcebible universo. Sueños de unidad*, cita una frase del escritor polaco Bruno Schutz: "Debemos madurar hacia la infancia".

Me parece que la gran longevidad de la revista electrónica *Clon: cyberzine de arte y cultura* de la UAM, fundada en 1997, se debe a su constante ciclo de rejuvenecimiento, a que sus editores no dejan de hacerse preguntas. Hay una renovación inherente en la construcción no lineal de contenidos, en la convergencia de varios equipos de producción. También advierto una ventana abierta a la brisa de novedad en la curiosidad de ensayar nuevas tecnologías de animación, multimedia, aplicaciones y redes.

El mediólogo Javier Celaya ha dicho que un año en Internet equivale a diez en el mundo analógico. Hablamos entonces de una entidad editorial virtualmente bicentenaria y que tiene una muy larga esperanza de vida. Esa supervivencia no es sólo fruto del esfuerzo de un equipo encabezado por Alejandro Juan Pineda y Antonio del

Rivero Herrera, que mantienen el proyecto, ni es posible explicarla por las temáticas alternativas y contraculturales dirigidas al público de los jóvenes, como tampoco por el hecho de tener el amparo presupuestal de una institución educativa, sin que exista, eso sí, algún mecanismo de fiscalización.

Debemos madurar hacia la infancia. Si en nuestra cotidianidad más radical, formada de rituales y repeticiones, no jugamos, descubrimos e inventamos, si no seguimos conociendo y enfrentando asombrados nuevos misterios, perderemos la razón de nuestro ser.

Debemos sintonizar con lo que hacíamos en la infancia, tan de manera entusiasta, que es buscar. Hay que escribir el libro que nos explota en la imaginación, dibujar el cómic que nos tiembla en las manos, indagar sobre cualquier interrogación que nos sale al paso. Como nos dice Alessandro Baricco en el monólogo teatral *Novecento*: "En los ojos de la gente puede verse lo que verán, no lo que han visto".

16 de octubre de 2017

Narrativa transmedia

Eduardo Blanquel nos planteaba alguna vez a unos atolondrados estudiantes de Historia la diferencia entre cultura y estudio y comentaba que Daniel Cosío Villegas repitió la frase que Miguel de Unamuno dejó caer ante algunos castellanos rústicos: "¡Qué cultos son estos analfabetos!" Es verdad, todo es cultura: la gastronomía, las costumbres, los refranes, el acervo de historias y sucedidos. La riqueza de la vida nos vuelve más o menos cultos.

Sin embargo, las personas que tienen una profunda vida cultural, es decir a las que les interesa el espíritu humano y las facultades intelectuales de la humanidad, suelen construir historias elaboradas de sí mismos, sus

allegados y sociedades. Lo hacen de antiguo tomando ejemplos literarios o periodísticos y, a partir del siglo xx han incorporado elementos cinematográficos, de radio y televisión. Que todo eso sea publicable o no, es otro asunto, como también lo es que se busque con esto una razón de la vida misma o razón vital, como lo pensaba José Ortega y Gasset. Hay mucho de ocio, cotilleo y divertimiento en los cuentos sobre nuestra vida y sobre otras vidas.

Esa construcción de historias reales o ficticias tiene su futuro en la *storytelling* transmedia o narrativa transmedia. A la mano se tienen memes, imágenes, videos, series de televisión, videojuegos, expresiones corporales, que hacen que la gente se exprese usando performance, *collage* de medios, mutimedia, transmediatización y gamificación. Son nuevas formas de escritura y lectura.

Ofrecer un marco para que usemos con todo su potencial la narrativa transmedia, como es la propuesta de la plataforma móvil oolipo, cuya directora de contenidos es Dorothea Martin, es un buen negocio, si entendemos por buen negocio lo que de manera inequívoca enriquece a sus usuarios.

Comoquiera, podemos citar un *tweet* que Carlos Scolari incorpora en su libro *Narrativas transmedia. Cuando todos los medios cuentan*: "Lo que un productor no quiere, no sabe o no puede producir, lo hará el prosumidor".

30 de octubre de 2017

Cautivar a los lectores

Dicen que los títulos y no las portadas de un libro son las que atrapan al lector, pero la portada es una buena invitación lectora. En librerías, mostradores, ferias, mesas de novedades, los lectores utilizamos no más allá de ocho segundos por título. Si alguno nos pica la curiosidad le da-

remos, en promedio, un minuto para que despierte una decisión de venta viendo la cuarta de forros, tiempo que, si el interés crece, podremos alargar para examinar las solapas e índices y solicitar precio. Indagar es un hábito lector.

Un lector profesional, un editor, examina materiales de distinta forma. Noahn Lukeman en *Las cinco primeras páginas*, recomienda el filtro de ese número de páginas para saber si hay alguna calidad. Si el manuscrito pasa la prueba, Lukeman elige al azar otras cinco páginas, para abrirse a la posibilidad de leer el final y, después, toda la obra. Otros editores veteranos fijan su meta en las 50 fojas iniciales para saber si una obra vale la pena.

Pero, ¿qué pasa cuando se ofrecen contenidos a otras editoriales? Muchas ferias, como la FIL Guadalajara y la Filuni de la UNAM tienen, como describe Inés ter Horst, área de negocios. Es importante que a las reuniones asistan no tanto los especialistas en derechos de autor, sino quienes conocen perfectamente los contenidos, saben de sus virtudes y pueden exponerlos de manera seductora. Tenemos dos minutos para despertar el interés en un proyecto editorial, más o menos lo que dura el viaje en un elevador. Ese lapso se alargara dependiendo de las habilidades de negociación.

Un editor que espera a que lleguen las citas, preselecciona sin saber el perfil de sus interlocutores, sólo entrega un catálogo de derechos o listas de precio, no ofrece sus contenidos, ignora a sus autores, desconoce su tabulador de licencias y traducciones de obra, estará haciendo correr en balde el reloj.

Ofrecer derechos no es suscribir contratos, es propiciar encuentros con nuestros temas y autores, argumentar promesas, dibujar posibilidades y, a fin de cuentas, cautivar.

27 de noviembre de 2017

Escuchando a los mediadores de lectura

Leer un libro con curiosidad y expectación es una necesidad imperiosa que, a fuerza de repetirse, deriva en un deseo incontenible de compartir experiencias lectoras. Eso pasa en quienes creemos que los signos trazados en papel o que pulsan en una pantalla producen efecto sobre la sustancia del lector, que transforman la existencia acercándola a una espiritualidad más rica que la prosperidad económica. Y salimos a contagiar esa creencia buscando la lectura no erudita o individual que se hace en silencio, sino la social, la que se realiza en voz alta.

Eso les pasa a los mediadores como Leticia Gutiérrez, de la sala Pepe Lectores, que han encontrado en el Programa Nacional Salas de Lectura de la Secretaría de Cultura, creado en 1995, un espacio para hacer leer donde no se lee. Las salas han sido abiertas por miembros de la sociedad civil que acondicionan un espacio en su domicilio o en escuelas, hospitales, albergues, asilos, cárceles, iglesias, plazas e incluso panteones. Ellos reciben un lote inicial de cien títulos que acrecientan con donativos particulares. Los voluntarios son capacitados constantemente en la mediación lectora a través de cursos y textos especiales.

Pero la verdadera batalla de los mediadores está en perseverar, en buscar cariñosamente adoptar un acervo sin poner reparos a libros usados; en sanar las cicatrices de los problemas, las frustraciones y las incomprensiones, a veces coléricas; en luchas contra la falta de luz pública y las condiciones climáticas; en tener los libros acomodados aunque no vengan los lectores o éstos sean muy pocos; en hacer pasar a niños, en ocasiones desnutridos, de la lectura susurrante a la lectura compartida; en prestarle un libro a una mujer abrumada de tareas o a un hombre agotado por su jornada; en no regatear tiempo y denuedo para hacer lo que creen que vale la pena en la vida.

Escuchando a los mediadores ratificamos que los libros no sólo son más necesarios que el sosiego, sino que son más necesarios que las necesidades.

4 de diciembre de 2017

La vida es editar

En el libro *Un mundo de libros*, editado por Yolanda Morató, Juan Bonilla hace eco de una vieja conseja de los impresores y libreros: "Aquello que no sepas compartir, atesóralo sin rebajarlo con explicaciones". Esto nos habla de la dificultad de transmitir experiencias del oficio sin haberlas vivido. Editar se enseña editando, leer se contagia leyendo, Eso lo hemos sabido desde antiguo y por eso sigue siendo importante la comunicación gremial que hay entre los maestros y los aprendices.

Sólo ante la vista del ejercicio de la experiencia es posible aprender a curtir el cuero para lograr jaspeados que dan un tono marmoleado a las encuadernaciones; a imprimir con tintas viscosas sobre papel calandrado; a calibrar un libro con esquemas, imágenes, notas a pie de página y pies de ilustración; a no dejar huecos pero tampoco óbices de ejercicio en los contratos de transmisión de derechos patrimoniales de obras literarias.

Por eso es tan importante el proyecto Editamos. Centro de Innovación y Formación Profesional para la Industria Editorial de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. De él nos habla César Augusto Pérez haciendo un magnífico recorrido de los temas que abarca el diseño de contenidos para la formación de los bienes de capital humano del mundo editorial.

Editamos representa la conjugación entre la praxis y la teoría, la pericia y la cavilación, la industria y la academia, las metas empresariales y las exploraciones bibliológicas.

Me gusta decir que las personas editamos la vida, adoptamos nuestros contenidos, creamos discursos, proponemos un estilo, diseñamos nuestro futuro, nos corregimos con aprendizaje y experiencia, imprimimos nuestra presencia en los demás. La vida es editar. Lo hacemos con torpeza o brillantez y podemos descarriarnos, extraviarnos o pervertirnos, pero editamos. Y lo que hace la Cámara con Editamos es editar la profesión, incidir en la formación de los distintos agentes que forman el cosmos libresco, hacer probable y posible un futuro mejor.

8 de enero de 2018

El acceso abierto no es gratis

El movimiento de acceso abierto es viejo. Descansa en el fundamento BBB por la declaración de Budapest (2002) que lo definió como la disposición gratuita en Internet de contenidos que se puedan buscar, enlazar, descargar, copiar, distribuir e imprimir; la declaración de Berlín (2003) que condiciona el acceso abierto al reconocimiento adecuado de la autoría y al uso de repositorios electrónicos con estándares técnicos aceptables; y la declaración de Bethesda (2003) que señala la oportunidad y la obligación de compartir resultados de investigación, ideas y descubrimientos. A esas declaraciones se han unido otras más.

Ernesto Pliego de la City University London dice que en las Humanidades 1.0 se decía "publica o perece", en las humanidades 2.0 "promueve lo que publicas o perece" y en las humanidades 3.0 "promueve acceso abierto o perece".

Juan Pablo Alperin señala que las revistas académicas que no están en línea, prácticamente no existen. Según datos del Módulo de Lectura, en México 37 % de la población lee revistas y de ellos 21 % lee revistas especializadas que pueden ser de cacería o religión, lo mismo que de ingeniería o matemáticas. Si tomamos en cuenta

que sólo 6 % de los lectores de revistas lee en digital y que las revistas académicas mexicanas están en digital, tendremos que 0.46 % es el universo lector que no crece, que se ha estancado.

El Acceso Abierto se justifica como un servicio a los lectores, quienes son presentados como productores o copatrocinadores de la academia; pero han pasado los años y vemos que el acceso abierto sólo ha servido al sistema académico, a las mediciones sobre productividad de publicación y citación.

Gran parte de los recursos de las instituciones de educación superior se emplean en mantener y promover el acceso abierto. Porque, si bien no hay un costo para los lectores y el acceso abierto representa ganancias para los autores, no es gratis producirlo y mantenerlo. Sin embargo, debemos retornar a los orígenes y esforzarnos por crear lectores.

5 de febrero de 2018

La carrera de los dáctilos

Los antiguos griegos contaban que mientras Rea alumbraba a Zeus asió con fuerza la tierra con las manos y que de las impresiones que dejó nacieron cinco hombres de la mano diestra y cinco féminas de la izquierda. Ellos eran los dáctilos. Uno de los varones, Heracles, retó a sus hermanos a una carrera e inauguró los juegos olímpicos. Esta fábula se contaba ilustrada con el tamborileo de los dedos, que excluía al pulgar, y la carrera de los dáctilos siempre era ganada por el dedo índice, que personifica a Heracles, sobre el anular, el cordial y el meñique.

En latín los dedos eran *digitus*, que viene de la raíz indoeuropea *deik*, que significa señalar y apuntar. Con los dedos se muestra y se numera. El lenguaje de las computadoras o de máquina utiliza dos símbolos, cero y uno,

y es llamado también código binario. Son dígitos porque cuentan, señalan, comunican.

Nuestro mundo natural se muda al digital y la producción de las universidades, incluyendo las monografías y artículos académicos, va incorporándose a repositorios con la idea de hacer accesibles los contenidos. La Universidad Veracruzana, como nos explica Martha Ordaz, está construyendo una cultura digital no sólo a través de la Biblioteca Digital de Humanidades. Hay esfuerzos por desvanecer las fronteras entre los autores y los lectores y brindar a los estudiantes herramientas de post-alfabetismo.

Más allá de los afanes de preservación y difusión, en el fondo lo que estamos trasladando es nuestra forma de vida. En digital leemos, escribimos y aprendemos y, en algunos años, nuestro ser tendrá más relación con lo virtual que con lo natural.

La humanidad pasó de ser ológrafa, que produce manuscritos, a apógrafa, que distribuye copias de originales, y está en camino a ser ágrafa, suprimir la escritura. Pasamos de ser amanuenses a letraimpresionistas y nuestra cultura actual se construye con intangibles.

El futuro está en nuestras manos; pero, como en la fabulada perpetua carrera de los dáctilos, sólo lo digital tiene la ventaja.

26 de febrero de 2018

Mensajes hacia el futuro

Durante una entrevista de Sebastián Aulicino, publicada en marzo de 2018 en *Río Negro* de Argentina, el bibliófilo y bibliotecario Alberto Manguel nos recuerda una frase de William Faulkner: “El pasado nunca está muerto y nunca es pasado”. Nos dice Manguel que lo que nosotros llamamos pasado es lo que estamos viviendo ahora y que lo

único que existe es el pasado porque el presente ya es pasado.

La labor del historiador, esa que es mi profesión, es evocar, traer a la memoria, llamar otras voces al presente. Y, ¿qué son las artes y oficios del libro? Si me lo preguntan a esta altura de mi vida respondo con simpleza, orgullo y asombro: la intrincada elaboración de mensajes hacia el futuro, un desvivirse porque esos mensajes lleguen diáfanos e inequívocos a lectores que todavía no aprenden a leer o todavía no nacen.

Historia y edición están ligadas. El historiador Michel de Cesteau decía que: "No hay pérdidas para la escritura ya que aún si hay pérdidas de verdad, para la escritura eso siempre va a seguir funcionando ya que la escritura sólo se nutre de pérdidas". El tiempo es el mejor editor porque nos va dejando lo que no hemos olvidado, extraviado o perdido.

Respiramos libros para evitar languidecer. Los tenemos en nuestra vida no porque nos recuerden la propia vida, es decir que hubo personas que sintieron o pensaron algo que juzgaron digno y nos lo dejaron dentro de unas como botellas de vidrio selladas y arrojadas al mar de los siglos.

La cita de Faulkner es de su novela *Réquiem para una mujer* pero me recuerda otro de sus títulos, *El ruido y la furia*, que está tomado del soliloquio del acto 5 del *Macbeth* de Shakespeare, que habla de tiempo testimoniado, como lo hace la columna Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro y la edición.

El programa radiofónico *Interlínea, cultura editorial* cumple años, y, en ese sentido, es tiempo testimoniado, pero su acervo es cada vez más presente. Las voces que recolecta respiran, vaya que respiran, no podrán perderse y nunca serán pasado.

14 de mayo de 2018

Ojos de papel

La novela *Dublinesca* de Enrique Vila-Matas está protagonizada por Samuel Riba, que es un editor retirado que pertenece a una estirpe en extinción: la de los editores literarios, los editores cultos, los editores lectores. Riba decide ir a celebrar los funerales de la Galaxia Gutenberg a la catedral de Dublín y se conmueve con un artículo que encuentra en Internet que dice: "Al parecer, el rumbo está definido y la suerte de la tinta y el papel está echada". Ya Gabriel Zaid había señalado el extraño caso de editores, críticos literarios y escritores que no leen lo que comentan o publican. Sin embargo, todavía podemos encontrar editores que leen, que buscan el enriquecimiento cultural, que se preocupan por las artes y los oficios del libro, que son, como dice Manuel Ortuño, editores vocacionales, y uno de ellos es el propio Ortuño, el emblemático editor de Trama Editorial y de la ya legendaria revista *Texturas*.

Muchacha ojos de papel es la canción de Luis Alberto Spinetta que tengo como fondo y me recuerda que cuando escucho al bibliófilo y bibliopola Manuel Ortuño siento que tiene ojos de papel tipografiado y bien registrado, sangre de tinta offset cuatricolor, temple alzado, refinado y encuadernado de lujo, plática de biblioteca y cuya respiración nos diagrama.

El mejor libro de un editor es su propio catalogo y, ¿cómo podremos agradecer la curiosidad y el interés de Ortuño que nos ha dado tantos libros sobre la cultura libresca en la colección Tipos Móviles? *La traición de los editores* de Thierry Discepolo, *Éxito. Un libro sobre el rechazo editorial* de Iñigo García Ureta, *Las razones del libro. Futuro, presente y pasado* de Robert Darton, *Editor* de Tom Machler, *La travesía del libro. Memorias* de Jean-Jacques Pauvert, *Escritor en la sombra* de Orlando de Rudder, *Erratas. Diario de un editor incorregible* de Marco Cassini, *El síndrome del lector* de Elena Rius, *El paradigma digital y sostenible del libro* de Manuel Gil y Joaquín Rodríguez

e *Itinerario de un editor* de Javier Pradera. Este es un pequeño muestrario de los indispensables títulos que Trama Editorial nos ha entregado a los estudiosos, profesionales e interesados en los libros.

9 de abril de 2018

El liderazgo ignaciano

Al inicio del I Congreso Intersectorial del Libro efectuado en Madrid en marzo de 2017, Juergen Boos, director de la Feria de Fráncfort, expresó la divisa de nuestros tiempos: "Coopera o fenece". En un mundo complejo y vertiginoso sólo es posible tener como modelos de organización y funcionamiento un tejido de redes de cooperación e interacción para la información y la comunicación, la investigación y la innovación y, por supuesto, la suma de esfuerzos.

En un tiempo de autoedición y autopublicación, resulta paradójico lo endeble que es la figura del editor solitario que propone un catálogo sin conocer a su competencia y sin tener vínculos gremiales. Históricamente, la investigación científica ha creado espacios de comunicación que hoy por hoy están construidos alrededor del modelo de acceso abierto. Se trata de sumar fortalezas y subsanar debilidades y esa pretensión permea en las actividades lectoras, editoriales, de distribución, comercialización, bibliotecarias y libreras, además de la formación profesional.

No es raro que las editoriales universitarias jesuitas, como explica Nicolás Morales, construyan redes. Al fin y al cabo, el liderazgo ignaciano es dialógico en su origen y se basa en el espíritu de cooperación. La red que han integrado tiene un espejo en México, por ejemplo, en la red institucional de la Universidad Nacional Autónoma de México. Más allá de eso, la UNAM forma la Red Nacional Altexto y es parte de la Cámara Nacional de la Industria

Editorial Mexicana y, a nivel internacional, de la Asociación de Editoriales Universitarias de América Latina y el Caribe.

Me identifico con el mundo que describe Nicolás Morales en el que nuevas generaciones de editores tienen mayores elementos de competencia para este cambiante mundo. Sin embargo, los viejos editores tendremos que renovarnos si no queremos ser anticuados; pero los nuevos editores no deben recaer en formas de otros tiempos, recoger lo que quedó olvidado, innovar hacia atrás, porque esa suplantación sería arcaísmo.

28 de mayo de 2018

Sistemas de gestión para editoriales

El matemático y bibliotecario indio Ranganathan formuló en 1931 cinco leyes para las bibliotecas: 1) Los libros están para usarse, 2) A cada lector su libro, 3) A cada libro su lector, 4) Hay que ahorrar tiempo al lector y 5) La biblioteca es un organismo en crecimiento.

Desde que Michael Gorman y Walt Clawford actualizaron esas leyes en el libro de 1995 *Bibliotecas futuras: sueños, locura y realidades*, se han propuesto nuevas versiones. Una de ellas, la de Alireza Noruzi de 2004, enfoca las leyes a la Web y puede servir para revisar la utilidad de un sistema de gestión para editoriales.

1. Los recursos están para ser usados. Vamos mal si invertimos dinero y tiempo en la alimentación de datos que no pueden ser analizados o referenciados.
2. A cada usuario su recurso. Los procesos singulares no pueden quedar subsumidos por los procedimientos generales, ni las actividades substanciales por las administrativas.

3. A cada recurso su usuario. Las responsabilidades de operación deben ser inequívocas.
4. Ahorra el tiempo del usuario. Tantos los operativos como los clientes deben de sentirse cómodos y esto incluye que se respete su tiempo.
5. El sistema es un organismo en crecimiento. El diseño y desarrollo del sistema debe ser autónomo y evitar un desamparo. No es posible que una empresa editorial dependa de un proveedor para su funcionamiento.

Existen editoriales que son distribuidores y cuentan con librerías. Necesitan contabilidad, calendarización, comprobación de tiempos de producción, control de inventarios, rotación de productos, manejo de recursos humanos, administración de catálogos, salida a tienda electrónica, generación de metadatos...

En *El software toma el mando* Lev Maniovich entiende "el software como una capa que impregna todas las áreas de las sociedades contemporáneas". Vemos que esto es así en las empresas editoriales en el ecosistema tecnológico. No nos preocupemos. Empresas como Trevenque están, como ellos dicen, para ayudarnos a no perdernos en todo ese mar.

11 de junio de 2018

Del editor al lector

Las universidades tienen, en efecto, un peculiar sistema editorial. Los autores son investigadores y, en ocasiones, dictaminadores e incluso parte de los comités editoriales o de los departamentos de publicaciones. Son comunes los problemas del comité editorial de la División de Ciencias Biológicas y de la Salud de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco en cuanto a colecciones clausu-

radas, empeño por incluir un texto en alguna colección, difícil confluencia entre propuestas editoriales y necesidades de contenido y falta de formación autoral.

La Universidad Nacional Autónoma de México está modernizando la conformación de sus comités editoriales para que tengan cabida miembros externos a la universidad. Esto inyectará aire fresco a los comités y traerá nuevas experiencias, perspectivas y expresiones. También se recomienda que no sólo los investigadores o profesores de tiempo completo formen parte de los comités sino lo hagan los técnicos académicos y el personal de confianza que ha sido formado en la práctica editorial.

Los expertos en un tema no necesariamente deben ser miembros de un comité editorial. Pueden ser evaluadores, dictaminadores o árbitros; sin embargo, quienes forman a los comités deben tener otro tipo de competencias como la práctica editorial, de comunicación o de difusión cultural, suficiente como para conocer el mercado lector, los argumentos de venta, el público meta, la competencia en el universo bibliográfico, la pertinencia del contenido, el pronóstico de cobertura, los procesos técnicos de edición y sensibilidad lectora.

Elena Ramírez, la editora de Seix Barral, refiere que José Manuel Larra les dijo alguna vez a los editores de Grupo Planeta: “No me digáis lo que dice el mercado. Decidme qué es lo que el mercado aún no sabe que quiere”. En la edición universitaria debemos pasar del discurso generado por los autores a lo que es valioso para los lectores. Más aún cuando vivimos una época donde, con palabras de Riccardo Cavallero, de Mondadori, “el poder pasa del editor al lector”.

16 de julio de 2018

Abordar lo trascendente

¿De veras pensamos que al crear lectores hacemos ciudadanos razonables en su pensamiento y sus consideraciones y que respetan a los demás? Gabriel Zaid decía en un artículo llamado "Colegos y colegas" que el que todos lean (una utopía editorial, congruente con el medio editorial) se traduce en la utopía universitaria de que todos saquen un título, incongruente con el medio universitario".

Para Roger Bartra la lectura es un fenómeno minoritario y elitista. Esa es la razón por la que los programas de alfabetización no derivan en más lectores. Ni siquiera lo hacen la construcción de bibliotecas o el crecimiento de la matrícula universitaria. La baratura y la gratuidad de los libros no parecen estimular la lectura, por lo que debemos conocer a las sociedades para proponer contenidos acordes a sus intereses y expectativas.

Leer es una actividad extraña en países como Brasil y México en los que la mayor parte de las personas piensan primero en resolver el sustento y existe un menosprecio por los estudios y el empleo. Buena parte de esas sociedades sufre agravios económicos o es reclutada por la delincuencia organizada. Muchos jóvenes prefieren seguir carrera como sicarios u obtener apoyos de estados benefactores.

Hay políticas públicas, como las que se esforzó en implementar durante varios años José Castilho en Brasil. Sin embargo, la cultura es producto del trabajo humano y, por lo tanto, en la construcción cultural deben participar las sociedades intermedias, las instituciones educativas particulares, las empresas editoriales y los padres de familia.

El problema no es la lectura de fragmentos o la lectura social, la cuestión es crear una cultura lectora. Quizá debamos revertir la dirección de la flecha de producción de lectores. Al educar a la sociedad en la solidaridad, al hacerla responsable y generosa, las personas buscarán una vida interior, acudirán a las librerías, salas de conciertos y

museos. Es pensar que es posible abordar lo trascendente a través de lo tangible.

30 de julio de 2018

Para encontrar la magia

La importancia de la edición de libros infantiles es que está en la primera línea de batalla en la estrategia de formación de lectores. La responsabilidad es mucha.

En México, la mayor parte de los lectores de edad madura fue formada por textos con pocos gráficos aunque existió una cultura de monitos del domingo, historietas y fotonovelas. Mi bagaje lector tuvo que pasar inicialmente por Malory, Kipling, Salgari, Stevenson, Wells, Papini, Dumas, Chesterton y Pío Baroja, pero recuerdo con nostalgia los pocos títulos de la colección La Ballena Alegre de editorial Doncel que tenían dibujos, entre ellos *Marcelino Pan y Vino* de José María Sánchez Silva y *Un muchacho sefardí* de Carmen Pérez Avello. También el Quijote de la colección Austral de Espasa Calpe con ilustraciones de Gustave Doré.

Tenemos ahora títulos donde el discurso gráfico complementa el texto o incluso lleva una narrativa paralela. Y cuando observamos esos libros de editoriales como A fin de Cuentos, Libre Albedrío, Coco Books, Kalandraka, Andana, queremos volver a la infancia. Muchos de esos libros son del gusto de los papás, más que de los infantes.

Los niños y jóvenes lectores cuentan hoy por hoy con la Feria del Libro Infantil y Juvenil, actualmente tan llena de actividades, con espacios especiales en librerías y librerías especializadas, como nos dice Ixchel Delgado, con fértiles catálogos, y una nueva ecología mediática que propicia el multialfabetismo. Esto nos llena de esperanza, pero también de preocupación porque los índices de lectura prácticamente no han cambiado.

Ya Emilia Ferreiro ha señalado en varias ocasiones el fracaso en la formación de lectores plenos, no descifradores, que representa la escolaridad, por más que se haya hecho obligatoria y alargado cada vez más.

¿Qué debemos hacer? Seguir propiciando ambientes lectores, dar acceso a todos a los libros y leyendo tratar, con ánimo y esperanza, de contagiar la lectura. Después de todo, como diría Roald Dahl, los que no creen en la magia nunca la encontrarán.

17 de septiembre de 2018

La sal de la Tierra

Cuando Tomás Granados Salinas tuvo que dejar la gerencia editorial del Fondo de Cultura Económica, a mi juicio injustamente, muchos pensamos que la prestigiada editorial del Estado mexicano perdía uno de sus activos más valiosos. Sin embargo, la vida nos muestra de repente la ancestral lección de que es posible ganar perdiendo. Lo que no veíamos es que el mundo editorial mexicano tenía una oportunidad que Tomás definió en el proyecto de una nueva editorial.

Grano de Sal, editorial cuyo nombre es la insinuación de una especie de acrónico de los apellidos de su creador, no es cualquier editorial. La experiencia en la maquinaria del Fondo de Cultura Económica, donde todo proceso está analizado, calculado, registrado en manuales, planificado, presupuestado, controlado y evaluado, sirvió a Tomás para proyectar, con mayor libertad, títulos que surgen de las necesidades que descubre en grupos lectores.

Quizá esa combinación resuelva la diferencia entre las funciones de un organismo público descentralizado, pero al fin y al cabo público, y el emprendimiento personal; la separación entre las decisiones grupales y la resolución

personal; o la incomunicación entre la administración pública y la responsabilidad social empresarial.

En 2016 Robert Darnton grabó un mensaje dirigido a la comunidad de editores universitarios de la Universidad Nacional Autónoma de México para el Coloquio Ediciones Especiales, Inusuales o de Distribución Particular, actividad que se llevó a cabo en el antiguo Palacio de San Ildefonso. El historiador norteamericano, entre varias sugestivas cuestiones, definió a los editores como "la sal de la tierra", metáfora que remite a los evangelios, en los que la sal significa sabiduría y es un elemento que tiene el poder de preservar de la corrupción y la inmundicia y, al mismo tiempo, incidir sobre un medio y transformarlo.

La editorial Grano de Sal puede no sólo condimentar la vida de sus lectores sino ser un buen aporte cultural, un agente transformador del futuro.

29 de octubre de 2018

Más allá de las líneas

"Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro y la edición" es una sección que celebra proyectos editoriales, apuestas de persistencia y, por supuesto, esperanzas. Hay dos pretensiones simples: buscar lo permanente entre lo efímero y maravillarnos con lo desconocido.

¿Es posible leer el futuro del libro? Para Daniel Cassany existen tres dimensiones de lectura: la lectura literal (leer las líneas), la lectura inferencial (leer entre líneas) y la lectura crítica (leer tras las líneas). Para Cassany tendremos que acostumbranos a comprender a medias, a no poderlo comprender todo y consolarnos con las interpretaciones relativas. Los investigadores Mónica Márquez Hermosillo y Jaime Valenzuela González hablan de leer más allá de las líneas, es decir sobrepasar el texto hacia

otros significados usando nuevas habilidades cognitivas para obtener valoraciones y relaciones.

El vino nuevo se vierte en odres viejos. La nueva lectura es la lectura añeja. Sabemos que es posible leer un texto o leer el mundo y encontrar tendencias, sugerencias y conjeturas. Los antiguos llamaban a esto leer el signo de los tiempos. Es una lectura profética. Esa es la que aplicamos en Hipertexto y bajo ella vamos leyendo el futuro de la edición, del libro y de la misma lectura.

Queremos, pues, ver lo que viene y lo que sigue más allá de la sociedad líquida, la cibercultura, la pantallización del estilo de vida, el aprendizaje en red, la inmaterialidad del libro, las comunidades anfibias, la transautoría y el derecho de autor pluscuamperfecto. Llevamos como nuestra divisa la frase de Luis Alberto Spinetta: mañana es mejor.

Sin embargo, leemos desde la historia y por eso examinamos el futuro repetidamente. Chesterton decía que ser meramente moderno es condenarse a una definitiva estrechez, así como gastar nuestro dinero terrenal en el sombrero más nuevo es condenarnos a lo pasado de moda. No debemos, pues, encasillar al futuro a una vitrina de museo, debemos seguir oteándolo maravillados. Mañana es mejor.

13 de mayo de 2019

Esa sensibilidad llamada Odette

El poema *Sueños*, parte del laureado libro *Old Music Island*, de Odette Alonso, termina con: "Hay ciudades que sólo existen en los sueños/ cofres vacíos de los que apenas queda/ un aroma que tal vez nunca existió."

¿Qué hacemos con nuestros sueños cuando emigramos? Algunos los escriben con la esperanza de que alguien responda. O quizá, a fuerza de soledad, se convierten en visiones sugestivas que puedan ser anotadas,

corregidas, editadas, diseñadas, impresas y leídas. Eso he pensado ante la obra poética y narrativa de Odette.

Sin embargo, más allá de la creación literaria, la edición, la redacción y la corrección de estilo, Odette señala su doble vida en la promoción cultural, particularmente en la difusión de las letras. No sólo por la recopilación de textos para facilitar instrumentos lectores. Es constante, y a veces inverosímil, su presencia en ferias de libros, ciclos de lectura, conferencias y charlas. La vemos, además, muy activa en revistas culturales, radio, televisión y redes sociales.

La edición no puede quedarse en la adopción de un original o en el despliegue de las competencias de corrección y diseño y los procesos técnicos. No es posible reducir la labor editorial al tamaño del espacio para nuestras portadas en los estantes de las librerías, ni siquiera quedan satisfechas nuestras proposiciones ante una amplia colocación de ejemplares en el mercado librero. Buscar espacios de lectura, tender puentes entre los autores y los lectores, abrir la discusión de los diferentes estímulos que producen los textos, mostrar posibilidades de reflexión, es llevar hasta las últimas consecuencias la misión del editor.

Esa imaginación y sensibilidad llamada Odette, esa rebelde con causa, es una lección para sus colegas profesionales del libro. Lo es por lo menos para quienes la escuchan para sacudirse hastíos y agobios; y quisieran trabajar con su alegría y frescura.

Siempre decimos los que vivimos por los libros y de los libros que somos muy felices. Odette lo es y lo transmite.

29 de mayo de 2019

Mereces lo que sueñas

En el extraordinario libro *Peregrina y extranjera*, Margarite Yourcenar nos dice que: “No hay un arte sin una individua-

lidad fuertemente acusada en el artista: el arte de la tribu, de la estepa, del pueblo, lleva un retraso de treinta siglos sobre el individualismo humano. Pero nada nos impide preferir la genciana a la rosa. Toda obra maestra contiene un grito de orgullo".

Escuchamos a Angélica Olaya Murillo, editora de la Universidad Nacional de Colombia, comentar con orgullo sus intereses y formación. Llegó a la edición, como muchos llegamos, por la vía lectora. Sus diez años de experiencia le dictan que las rutas que cruzan las artes del libro son emocionantes, difíciles y solitarias.

Me gusta la definición de la edición como esfuerzo y angustia. Vamos comprometidos en nuestro ser, nos va la vida en nuestra labor. Editar es, bajo esa mirada, estar atentos, expectantes, en guardia, porque es posible errar a cada momento, es posible perderse. Hay toda una pedagogía del error en el mundo del libro que no se puede descuidar.

De esos problemas habla Angélica Olaya. Son problemas administrativos, de presupuesto, de derechos de autor y de comunicación, entre otros. Esto va más allá del texto. Por supuesto, no son las mismas dificultades las de la edición universitaria y las de la edición de libros ilustrados para niños. A veces hay que pactar tiempos y modos con correctores, diseñadores, papeleros, impresores y encuadernadores.

La vida es sueño. Si tomamos en serio aquella sutileza calderoniana podemos ver que el sueño del lector, de un inusitado lector, es ser editor. Paradójicamente el sueño del editor es retirarse a leer en paz y por gusto. Eso lo sabemos porque la pesadilla del editor no es la errata, no es quedarse sin textos, es no poder leer.

La vida es sueño. Los editores son los mayores soñadores y quizá son en quienes se cumple, para bien o para mal, el precepto legado por Gustavo Cerati: Mereces lo que sueñas. Nada nos impide preferir la genciana a la rosa o la rosa a la genciana.

17 de junio de 2019

Somos gremio

Es común que se hable de las editoriales universitarias y la industria editorial como dos sistemas que compiten, dialogan o se complementan. Es una segregación caricaturizada entre los que venden y quienes almacenan libros o entre los que ejercen decisiones editoriales frente a los que dan servicios editoriales. A veces habla por algunos el resentimiento de ser excluidos sin justificación de los canales de distribución o el complejo de no contar con presupuestos garantizados. Son los paradigmas de los editores que saben leer contra los editores que saben contar.

Eso es una falacia. Los universitarios somos gremio, como lo son los texteros, los revisteros, los de libros infantiles o como quieran llamarse los grupos que conforman la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. No es justo reducir una industria al tamaño de nuestros intereses o manías.

Los universitarios somos gremio editorial porque es nuestro oficio transformar en libros nuestras reflexiones, expresiones e investigaciones. Somos gremio porque buscamos que a nuestra comunidad y a nuestras bibliotecas lleguen libros muy cuidados y bien hechos. Somos gremio porque vivimos una constante preocupación por ese nuestro oficio y lo vamos puliendo ejercitando todo lo que hay entre la filología y la tecnología. Somos gremio porque ensayamos nuevas expresiones y narrativas y alentamos el enriquecimiento de las artes gráficas. Somos gremio porque construimos los espacios librescos más importantes del país: FIL Guadalajara y FIL del Palacio de Minería.

No olvidemos que de las universidades medievales salieron las grandes instituciones del libro como la editorial, la biblioteca y la librería. Los universitarios hemos sido, somos y seremos gremio.

Por eso es tan importante la labor del Comité de Libros de Universidades e Instituciones de Educación

Superior de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANIEM) que preside Yolanda Martínez Vallejo. Todos y cada uno somos responsables de todos. ¿Qué otra cosa es la CANIEM, a fin de cuentas, sino un ejercicio de solidaridad?

26 de agosto de 2019

Somos lo que tecleamos

¡Es tan sugestivo tener a un historiador como Roger Chartier analizando el presente! Lo hace en escorzo, desde una perspectiva de procesos, y habla de obras o totalidades textuales manejadas como contenidos dentro de un continente cuya percepción está en crisis.

Hay una nueva revolución conocida como industrias 4.0 que busca la producción en masa de productos personalizados por medio de tecnología digital. En efecto, como observa Chartier, asistimos a la digitalización de las relaciones humanas que trasladan la convivencia al campo de redes sociales y comunidades anfibias e híbridas y adaptan la cultura a prácticas de conexionismo, datificación, pantallización, plataformización, transmediación y automatismo. Esto conlleva la pérdida de la materialidad no sólo del texto sino que nos hace concebir al ser humano como ente incorpóreo y al mundo como intangible. Por eso vemos que en la economía creativa se habla de polimatía y tienen espacio ideas cercanas a la transautoría y el transhumanismo.

Jacques Derrida en *De la gramatología*, obra publicada en 1967, escribió: "Si distinguimos el texto del libro, diremos que la destrucción del libro, tal como se anuncia actualmente en todos los dominios, descubre la superficie del texto". Pero la preeminencia de lo inmaterial que es nuestra vida virtual difumina al mismo texto. Del texto sígnico, que usa figuras significativas, pasamos al hipertexto

que remite a discursos más allá del discurso presencial, pero sigue siendo estático o acotado; y pasamos al cibertexto que es el texto que puede engranarse a todos los textos, cualidad líquida como la de nuestra sociedad.

Para Chartier el presente está hecho de pasados sedimentados. Pues bien, esos sedimentos son ahora líquidos y fluyen; y el futuro del que nuestro presente es sedimento también fluye. En todo eso flotamos sin singladura. Parafraseando un aserto de Borges digamos que: "Somos lo que tecleamos, y nuestro cibercerebro se transforma a través de los mensajes que introducimos en nuestra mente".

23 de septiembre de 2019

La economía de la atención

Ya nadie tiene tiempo, exclama desde sus estudios de *marketing* Rachel Maund. En efecto, la vida intelectual en el siglo XIX tenía que ver con una inmensa pero reposada actividad epistolar que suponía una caligrafía diáfana e inequívoca. Las cartas lacradas hasta 1840 y, después de aquel año, timbradas, fueron sustituidas durante el siglo XX por medios electrónicos: el teléfono, la radio, la televisión, el video y las computadoras. Masificamos la comunicación, la educación y la cultura y actualmente la inmensa mayoría del planeta accede a toda la información que pueda consumir.

En 1971 Herbert Simon Alexander nos dijo que el exceso de información convierte a la atención humana en un bien escaso. Esa economía de la atención nos lleva a decir que el espacio digital está sobreinformado y la competencia no es por el dinero, sino por el tiempo y la atención.

En el mundo de los libros impresos sabíamos que una portada necesita siete segundos para atrapar a un lector y que se requieren de sesenta segundos para pla-

near sobre los forros y solapas de un título e incluirlo en el sendero de una decisión de compra. Eso se rompe en el mundo digital porque la atención es inasequible y tenemos como reflejo en la vida universitaria que las investigaciones no deben ser de índole teórica sino práctica y contribuyente. Lo dice bien Maund, las editoriales universitarias necesitan un diferenciador para que el público entienda su oferta como compañía. No basta con un discurso, ese discurso debe servir de algún modo.

¿La industria editorial puede tener un rol en la economía de la atención cuando distintos estudios indican que las generaciones son cada vez más despistadas y que viven inmovilizadas en el móvil, enredadas en la red o internadas en Internet?

Los antiguos libreros debían curtirse en escaparatismo, el arte de los escaparates, y ahora los libreros, editores y promotores de la lectura deben esgrimir una especie de escapismo que evita toda atadura. Es atraer sin atrapar, cautivar sin hacer cautivos.

2 de diciembre de 2019

La nueva interfaz de la academia

Elea Giménez dirige un Grupo de Investigación sobre el Libro Académico, en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Su labor va más allá de lo que señalan las agencias de evaluación de la labor científica porque pretende hacer estudios sobre la edición. ¡Claro que hay en las evaluadoras un vacío de información!

La misma academia está cambiando de girar alrededor del pensamiento disciplinar al pensamiento en red. Las relaciones entre los académicos se dan en tiempo real en este mundo tan complejo. No es necesario esperar los avances de investigación o el dictamen o arbitraje de los artículos científicos y mucho menos la aparición

de libros, para incidir en las discusiones actuales. Por ello es justo y necesario que en vez de medir los comportamientos de las áreas editoriales de las entidades de educación superior, conforme a criterios que determinan organismos científicos, sea mejor estudiar las prácticas editoriales y de producción, así como su inserción social, para retratar a las editoriales.

Carlos Scolari, autor del libro *Las leyes de la interfaz*, nos dice que casi siempre pensamos en la interfaz de usuario, pero una interfaz es un lugar o espacio de interacción, es la actividad de elementos interactuando entre sí por lo que ni siquiera es necesario el factor humano. La educación es una interfaz que se quedó vieja, que tiene que ser rediseñada. Podemos decir lo mismo de la academia que no puede ser evaluada con los mismos criterios.

Mariana Maggio es autora del libro *Enriquecer la enseñanza. Los ambientes con alta disposición tecnológica como oportunidad*. En él habla de la inclusión genuina de tecnología que "adquiere su mayor expresión en la propuesta didáctica cuando emula en este plano de la práctica el entramado de los desarrollos tecnológicos en el proceso de producción de conocimiento".

Debemos llegar a una inclusión genuina de tecnología y entender la nueva interfaz de libros académicos. Debemos mirar sin esquemas ni prejuicios al libro académico.

27 de enero de 2020

Respiremos libros

La industria editorial, la que nace con la masificación del libro durante el siglo XIX, ha buscado afanosamente crear un público lector. Durante el siglo XX en México lo intentamos todo: abatimos el analfabetismo, incentivamos a las librerías, multiplicamos las bibliotecas, promovimos grandes ferias del libro, incorporamos libros gratuitos a los sis-

temas escolares, creamos revistas de reseñas, abrimos en las editoriales canales de venta directa, impulsamos comunidades lectoras, alquilamos *booktubers*, abaratamos libros, regalamos libros, obligamos a las personas a leer libros... Son esfuerzos no menores, aunque en ocasiones han perjudicado al tejido librero o han sido disparatados. Simplemente el número de lectores no crece y parece que las fórmulas están agotadas.

Irene Rodrigo viene a refrescar el panorama como anfitriona del mundo de las letras. Muy acertado es que hable de divulgación de la literatura. Divulgar viene del latín *divulgāre* formado por el prefijo intensivo *di* y *vulgāre*, entregar al público, propagar o, a fin de cuentas, publicar. Generalmente se habla de fomento a la lectura. Fomentar remite a la aplicación de fomentos médicos o a alimentar el fuego. Irene transmite su pasión lectora y lo hace picando la curiosidad de sus oyentes para que acudan a los libros y eso es dejar que se los lleven, que se los apropien. Sus programas *Léeme*, que es rápido y efectivo, y *Habitación propia* logra esa intimidad que desborda. Uno quiere tener posibilidades de leer lo que comenta, pero también de buscar otras rutas de lectura.

Para Jacques Lacan el lenguaje antes de significar algo, significa para alguien. Quizá escritores, editores, libreros y bibliotecarios no sean los mejores promotores de la lectura, sino que son agentes del libro que hablan a personas de libros. Presiento que son los lectores los que mejor comunican con los lectores. La frase de Gustavo Cerati en *Pulsar* "tu aliento es mi respiración" toma sentido como mis ojos lectores pueden ser tuyos. Lo que descifras son mis lecturas.

20 de abril de 2020

El consuelo de los libros

En la novela *Hellraiser* de Clive Barker hay unos seres llamados cenobitas que han llevado al extremo el obtener placer por el dolor: viven un infinito sufrimiento. Su dimensión se abre al incauto que resuelve un rompecabezas cúbico llamado la Caja de Lemarchand o, como la llaman las versiones de cine, La Configuración del Lamento.

Ese artilugio, fabricado bajo la técnica de las cajas chinas enigma, es una excelente metáfora del puzzle editorial que hemos ido armando juntos desde la columna "Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro y la edición" de Interlínea, Cultura Editorial. Las piezas frágiles que hemos gustado y estudiado tienen que ver con tejido librero, editores disruptivos, impresiones innovadoras, lecturas irreconocibles como lecturas, experiencias inmersivas, hacktivismo digital, en fin... Las piezas van ensamblando apenas un poco las sutilezas del medio editorial. Juntos hemos llegado a vislumbrar un portal que, al acercarnos, notamos cada vez más lejos.

El rompecabezas editorial tiene mucho más fragmentos e incluso las conexiones que advertíamos, de repente se fugan. Eso mantiene la expectativa.

El aniversario de Interlínea llega cargado de tribulaciones e inquietudes por una pandemia. Pero debemos leer más allá de eso, ver por el futuro. Un mundo editorial post-Covid-19 tendrá que reconfigurar sus prácticas a nuevos modelos educativos y de convivencia menos táctiles, más digitales, más virtuales y con más inteligencia artificial. Veremos otras editoriales, otras librerías, otras ferias de libros y otra cultura editorial, cuando hayamos dejado atrás el miedo global y el sufrimiento planetario. Decía Eurípides de Salamina que "las crisis, aunque atemorizan, nos sirven para cancelar una época e inaugurar otra".

Nos rodean amarguras y frustraciones. Mientras tanto, recordemos con esperanza que los libros no sólo son más necesarios que el sosiego, sino más necesarios que las

necesidades. Así lo hemos creído quienes somos parte del mundo lector. Que los libros nos ayuden a todos.

11 de mayo de 2020

La edición como peligro

Un editor debe tener la impresión de que siempre está en peligro, recuerda haber escuchado Jesús Marchamalo. Me gusta la figura del perpetuo sorteo como cinética de la edición. Los editores sorteamos azares, obstáculos y propias limitaciones. Hay que estar alerta, en vela y desconfiar incluso de uno mismo para leer, releer y cotejar, para repasar cotizaciones y tasaciones, para volver a revisar lo ya revisado. En el mundo de los libros, todo siempre puede ser mejor.

El mundo editorial está tejido de bravura. Uno decide ser parte de un equipo editor y va escogiendo las andaduras de sus proyectos. Hay decisión editorial no sólo al rehusar un proyecto o apostar por él para leerlo, sondearlo o editarlo. Se escoge, entre otros muchos elementos, el formato del libro, el diseño, la familia tipográfica, la portada, la imprenta, el número de tintas, el acabado, la fecha del lanzamiento editorial y los puntos de venta.

El filósofo Epicteto vivía en ataraxia o tranquilidad de espíritu, la imperturbable actitud de quien acepta de buena gana las circunstancias de la vida. Para él era inútil la queja y aun así decía que "un barco no debería navegar con una sola ancla, ni la vida con una sola esperanza". Ante las responsabilidades del texto y del sello editor, no es posible bajar la guardia.

En la medida que avanzan las arrugas y se acorta la vista, las decisiones son más costosas, porque la experiencia nos vuelve cautos. Hay algunos editores que pierden el coraje y se vuelven medrosos y lo saben los autores, los

colaboradores, los libreros y los lectores. Sus colaboradores huelen temor. Cuando eso ocurre, cuando las dudas nos embrollan y paralizan, cuando se nos hiela el corazón, cuando se ha perdido el oficio, hay que dejar el espacio a otros. Periódicamente debemos revisar esto.

Decía Emilia Ferreiro que no entendemos el papel de los lectores si los concebimos sólo como decodificadores. Pues bien, tampoco comprendemos el papel de los editores si lo reducimos a sólo rellenar con texto una caja tipográfica.

6 de julio de 2020

La camaradería del buen librero

Javier García del Moral tuvo la intención, con un amigo, de abrir una librería para expandir la franja de gente lectora y su pequeña librería en Dallas, que es además un bar y cuenta con un gran programa cultural, tiene una personalidad definida. ¡Cómo envidio ese arrojo! Las librerías son producto de una enorme capacidad de contribución social, de lealtad hacia los congéneres.

Se ha dicho que una librería no debe estar enfocada al producto, es decir al libro, sino al servicio. Por eso han ido desapareciendo las librerías que guardan los libros en estanterías, que presentan entre su acervo y los lectores un mostrador como obstáculo, como trinchera de guerra, como símbolo de que se está a la defensiva.

Hay librerías de estantería abierta que también están enfocadas al producto, que manejan los libros como si fuera más importante su conservación que su venta. Es el caso de aquellas con libreros que no permiten que se rompa el plástico del retractilado, que no le ponen precio a los ejemplares, que no quieren que uno hojee las publicaciones, que se enojan si uno va cargando algún título sin decidir su compra. Un lector, para esa clase de librerías, es

un ladrón. Los policías y los encargados están más preocupados por vigilar los movimientos que uno hace y todavía después de pagar se nos quedan viendo achicando los ojos, como diciendo: "Los dos sabemos que no te pillaste un libro porque te vigilé bien".

El libro debe ofrecerse para que se conozca, se examine y, en una de esas, hasta se compre. Pero no basta con el libro. Actualmente no vivimos en una economía de servicios sino en una economía de experiencias y lo que se debería ofrecer en las librerías son emociones positivas para lograr la lealtad del lector, que es un cliente especial que siempre se las arregla solo, pero que valora mucho la verdadera camaradería.

Entrar a una librería, beber una cerveza, escuchar hablar de libros y brindar por las lecturas puede representar un oasis para muchos lectores. Brindemos por eso.

17 de agosto de 2020

Cero interfaz de usuario

Vivimos dirigidos por inteligencias artificiales. Los gobiernos y corporativos usan macrodatos para su toma de decisiones, mejor dicho para observar decisiones de sistemas expertos, sistemas inteligentes, algoritmos bursátiles y software predictivo. Vivimos la algocracia o gobierno de los algoritmos porque ellos realizan transacciones económicas, ponen y quitan gobiernos, dictan políticas públicas, crean y destruyen mercados, modifican comportamientos sociales, deciden guerras y manejan epidemias. Existen bots que contratan personas, las capacitan, las moldean laboralmente y las despiden, pagan impuestos y son sujetos de responsabilidad legal.

Colin Lorinovic nos habla de dos clases de inteligencia artificial, la débil y la fuerte, esta última capaz de razonar, planear, comprender y aprender. Por ahora, la

débil es parte de nuestra cultura editorial. Pasamos de ser amanuenses a letraimpresionistas y actualmente todo gira en torno a intangibles movidos por bots. Hay bots escritores, editores, correctores, ilustradores, impresores, distribuidores, libreros y críticos literarios, todos participando en la gestión y creación de contenidos. A veces creemos trabajar para ellos construyendo metadatos, pero ellos mueven hiperdatos y ciberdatos.

La pantallización de la lectura es sólo la punta del iceberg de todo lo que pueden hacer la inteligencia artificial, la genética de máquinas, la auto-reprogramación y los sistemas expertos para construir catálogos vendibles y ciberseguros.

Más allá de las nuevas formas de lecturas, que pueden ser hipermediales y fractales, encontramos experiencias inmersivas que están basadas en simulaciones reales o mixtificaciones hiperreales.

La inteligencia artificial no puede dar todas las respuestas posibles a todas las preguntas posibles. De nosotros depende que el mundo de la edición que hemos construido cambie al estado de cero interfaz de usuario, o que diseñemos y editemos su implementación. Seamos más inteligentes que la inteligencia artificial.

23 de noviembre de 2020

Cibercerebros

Es posible representar al autor promedio de mediados del siglo XIX escribiendo en soledad, pluma en mano, sobre una mesa llena de papeles emborronados; al de la mitad del siglo XX tecleando en una máquina de escribir, ordenando con esmero hojas manchadas por corrector; y al de inicios del siglo XXI frente a la pantalla.

¿Cómo figurar al autor futuro? Desde hace tiempo la silueta autoral está en jaque y los esfuerzos de la escritura

van en el sentido de no sólo permitir la autoría colaborativa, la inteligencia sintética, la intervención de los textos y la generación de contenidos por los usuarios, sino la construcción de narrativas no centradas en la escritura. Se viene rompiendo la secuencia de la letra impresa.

Desde la narrativa imagética hemos incorporado al texto contenidos de música, radio, televisión, cine, teléfono, videojuegos y aplicaciones, además de olores, colores y sabores. Lo liamos en capas que podemos discernir diáfanamente y en ocasiones en una integridad indescifrable. Cuando la sociedad incorpora un medio lo hace en todos los aspectos y el tener a la mano varios canales y recursos mediáticos, se adaptan a ellos el comportamiento, así como la producción y el consumo de contenidos. Lo ha dicho Henry Jenkins en *Cultura convergente: donde chocan los viejos y los nuevos medios*: "La convergencia cultural altera la relación entre mercados, industrias, géneros y públicos".

De las tecnologías de la información y la comunicación (TIC por sus siglas) pasamos a las tecnologías del aprendizaje y del conocimiento (TAC) y después a las tecnologías del empoderamiento y la participación (TEP). La transmedia corresponde más al TEP.

Belén Santa cita el libro *Hamlet en la holocubierta* de Janet Murray quien nos dice que "un medio lineal no puede representar la simultaneidad de procesos que se da en el cerebro". Sin embargo, la complejidad del cibercerebro actual es mayor a las de aquellos autores que escribieron bajo luz de velas, envueltos en luz de focos o ante emanaciones de pantalla.

19 de octubre de 2020

Gestión: edición y derechos

Decía Fernando del Paso que "uno escribe novelas cuando camina, cuando lee, cuando sueña". De la misma manera, la industria editorial enfrenta innovaciones en el ámbito legal que crean nuevos alegatos y opiniones. Los editores van ejerciendo y reformulando los derechos de autor cuando planean la edición, cuando editan y cuando proyectan ediciones.

Hace unos años hablar de ciberderechos y ciberdelitos era un ejercicio imaginativo, pero el mundo está codificando hasta dónde llega el procomún digital y cómo pueden los titulares de derechos patrimoniales autorales seguir ejercitándolos en una sociedad hipertecnologizada y defenderse del hackeo, la piratería informática, el robo de identidad y otras conductas lesivas.

Jorge Corrales, de Cedro, bien comenta que son tiempos en los que la implementación de la tecnología se hace sin un análisis profundo de sus alcances y consecuencias. Sin embargo, los agentes del libro no están solos, tienen a las sociedades de gestión colectiva, como Cedro, que proporcionan estudios y guías como parte de un ecosistema.

El derecho de autor puede ser visto como una herramienta, algo que debemos observar, algo con lo que debemos contar, o como un instrumento. Instrumentar es poner todos los recursos para lograr un fin. A la manera de los instrumentos musicales, el derecho de autor busca la armonía entre los intereses de los creadores y los empresarios de la cultura. Y es que la cultura del libro, la cultura editorial, ha buscado la armonía de los contrarios. Es el equilibrio entre contenido y continente, texto y materialidad, espíritu de la letra y letra, oscura tipografía y claridad del papel, ánimo de lucro y ánimo de saber. Ahora buscamos equilibrios entre los usos digitales y la seguridad jurídica. Esto tiene que ver con el papel de las plataformas en línea que permiten el intercambio de contenidos y la lingüística computacional.

Permitámonos, entonces, parafrasear a Fernando del Paso: Uno construye el derecho de autor cuando edita, cuando lee, cuando sueña.

15 de febrero de 2021

El libro y su precio

En el cuento "El Zahir", Borges hace decir al protagonista que el dinero es abstracto, es tiempo futuro. Nada más cierto en el mundo libresco porque los precios de venta al público de los libros sólo tienen sentido cuando hay suficientes lectores para pagarle regalías a los autores, dar ganancias a las editoriales que publican y mantener a las librerías que los ofrecen.

Hay tantos ejemplares que se dan en cortesía y tantas devoluciones que uno se asombra al ver que el sistema siga funcionando, que exista un negocio editorial. Dicen que es terquedad y parecen cosas de encantamiento.

El precio de venta al público único aplica en México para los libros que se editan o importan por un lapso que se viene extendiendo a 36 meses contados a partir de su fecha de colofón o aviso de entrada al país. ¿La medida fomenta la lectura y ha facilitado el acceso equitativo a los libros y que las librerías compitan con servicios y no con descuentos? No ha sido así.

El precio único reconoce un problema de oferta pero olvida la demanda. ¿Qué importa más: la producción o la distribución? Voto por la autorregulación. En México las editoriales apuestan por aumentar la producción de títulos en un mercado que, en el mejor de los escenarios, está estancado y lleva una enorme rotación de novedades. Desde el punto de vista del lector eso es saturación o, como argumenta desde hace años Gabriel Zaid, hay demasiados libros en México, es decir que los tirajes son mayores al número de compradores de libros.

Las rebajas que las editoriales y librerías hacen a su personal o sus comunidades y los descuentos encubiertos con puntos de fidelidad hacen que todo sea una simulación. Enrique Contreras tiene razón en que debemos ver todos los vértices. La Ley no considera el caso del tiraje bajo demanda y el libro electrónico que tiene una lógica de precios dinámicos.

El dinero es tiempo futuro y ese juego de azar, aún con los dados cargados del precio único, representa una gran incertidumbre en estos tiempos pandémicos.

19 de abril de 2021

Pantallización vs. *presencialidad*

Nos dice Calímaco, el padre de la bibliotecología, que Cleombroto de Ambracia leyó el *Fedón*, un diálogo platónico sobre el alma, y se arrojó de un muro al Hades sin haber visto ningún mal digno del por qué morir. Se ha dicho que quería entrar a la inmortalidad que Sócrates prometía.

Algo como esa avidez nos pasó. Durante la mayor parte de 2020 y los primeros meses de 2021 vimos al mundo precipitarse hacia lo digital. Algunos agentes del medio editorial lo hicieron para conservar su presencia y otros, los más, en pos de una usanza que juzgaron incontenible. Los autores recurrieron a las librerías virtuales y presentaron sus libros en telereuniones. Los impresores ofrecieron más servicios de impresión bajo demanda. Los editores engrosaron su catálogo de libros electrónicos. Los libreros pasaron a la venta en línea. Las ferias del libro se transformaron en pasarelas de conversaciones en unas como viñetas. Toda esa pantallización no significa una transformación de la economía librera. Es un inicio.

2020 marcó un record histórico en la venta de libros en Estados Unidos, Reino Unido e Italia, gracias al comer-

cio electrónico. Los países hispanoamericanos tuvieron caídas por tener menos ambiente cibercultural.

El escritor George Moore decía que "un hombre viaja alrededor del mundo para buscar lo que necesita y vuelve a su hogar para encontrarlo". Eso vimos. Diálogos con lectores, editores y libreros, aunque los tenemos de manera artificial, los seguimos anhelando. No es lo mismo contar con las personas que tener a sus estelas, esbozos o avatares. La vasta vida busca presencialidad.

No seamos nuevos Cleombrotos arrojándonos al vacío. Necesitamos medir, indagar y reflexionar el paso del códice al código, del folio al DOI, del montaje al software, de la página estática a la página líquida. Para eso ha estado en estos años *Interlínea. Cultura editorial* y, de manera particular, la columna Hipertexto a cargo de su fiel servidor.

17 de mayo de 2021

Asesoría literaria

En su novela *Tormento*, Benito Pérez Galdós, nos dice, casi al final, que un tren que parte es la cosa del mundo más semejante a un libro que se acaba. Añadía: "Cuando los trenes vuelvan, abríos, páginas nuevas". Del mundo libresco descendemos, aterrizamos o despertamos a la realidad. Los antiguos maquinistas decían: "El jefe hace la estación y no la estación al jefe". Usemos esa metáfora ferrocarrilera para el mundo de los libros. El editor hace al libro y no el libro al editor.

El buen editor debe tener sensibilidad artística; además, es una suma de complejas competencias que se adquieren con la práctica. Editar se aprende editando, aunque sirve el consejo de los maestros que se capta en editoriales e imprentas, cursos y talleres, artículos y libros. Sin embargo, el mejor maestro es el tiempo. Existe una

pedagogía del error. Cada desastre mejora a quien lo sobrevive, cada equivocación nos señala la vereda cierta. Un editor debe saber los entresijos del pulimiento de textos, los límites del derecho de autor, el lenguaje del papel y del diseño, las posibilidades de las artes gráficas y las artes de la encuadernación, los engranajes de la difusión y la comercialización y ciberedición.

Por eso es falaz hablar de autoedición o autopublicación. Hay autores que suben su texto en plataformas de distribución y usan guías para colocar ilustraciones y portadas. Eso apenas es un gesto mortecino de lo que es convertir un texto en un objeto comunicacional. La verdad es que, en este tiempo en el que las mediaciones se derrumban, aquellos que quieren editar un texto sorteando la decisión de un editor o un comité editorial, terminan acudiendo a un profesional de la edición. Lo dice bien Catalina Bohorquez, que el autor necesita un acompañamiento. El editor hace al libro y no el libro al editor.

26 de julio de 2021

Gremios editoriales

Muchas son las vías de reflexión que toma Paulo Cosín: La soledad del editor, el libro como producto artesano, el profesionalismo colaborativo, el libro como puzzle o la bibliodiversidad. Otra engloba todo eso: la razón de ser de las ferias. Nos dice Cosín que en las ferias las editoriales muestran lo que no se ve, lo que no exhiben las librerías.

En ferias de libros conviven asistentes, expositores y profesionales. Un asistente hace búsquedas que el organizador trata de propiciar, el exhibidor facilitar y quien presenta algún libro proponer. Sin embargo, a pesar de todo el engranaje que acompaña la planeación del espacio de exhibición y el control del acervo, es la ventura la

que hace que un lector llegue al título que necesita tanto como para pagar por él.

Percibir el catálogo que las casas editoriales llevan a una feria, hace que destaquen los propósitos de los editores, el mensaje que dan con el conjunto de sus títulos o colecciones, que elaboran artesanalmente, y eso es la revelación de uno como puzzle. Por eso es tan sustancioso acudir a las ferias para los lectores en busca de lecturas y los editores en busca de nuevos proyectos y del diálogo que significa el profesionalismo colaborativo.

Una feria de libros, además, resalta paradójicamente la soledad del lector que se da su tiempo para recorrer las portadas, que se mueve entre las oleadas de la concurrencia y que hace cuentas de su economía para poder llevar lo más posible a casa.

José Gorostiza hablaba de la inteligencia como soledad en llamas, lo que nos remite al mito de Prometeo robando el fuego olímpico y civilizador para darlo al hombre y siendo castigado por ello. Mark Danielewski dice en *La casa de hojas*: "Prometeo, ladrón de luz, atado por los dioses, debe haber sido un libro". Ese libro sería el inicio de toda lectura, de toda biblioteca, de toda feria, el que inaugura la prometeica bibliodiversidad.

2 de agosto de 2021

El último libro

El último libro es un cuento de Alphonse Daudet en el que poco después de morir un bibliófilo, en su domicilio se recibe un paquete con su libro postrero recién impreso. Y dice Daudet que "el problema del alma y el cuerpo parecía estar ahí en su totalidad, entre ese cuerpo rígido que iban a enterrar y olvidar y ese libro que se desprendía de él, como un alma visible, viva y quizá inmortal…"

Algo semejante tenemos con el paso de una biblioteca integrada por papeles entintados y empastados a lo digital. Se diluyen los confines de espacio y tiempo y podemos acceder a un catálogo desde nuestros dispositivos portátiles a toda hora de cualquier día. Estamos en la sociedad de la pantalla ubicua, pérdida de mediaciones, consulta *on-line* y metabuscadores. El cambio ha sido rápido, como nos relata Julio Ibarra, quien recuerda participar en la alfabetización digital de usuarios de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Una transformación más dramática se da al nivel de los particulares. El gusto acumulador de los hijos de la imprenta se ha venido perdiendo y tenemos generaciones que no mantienen bibliotecas físicas personales, que compran y desechan libros, que no tienen libreros en sus microhogares y microdepartamentos. Los anticuarios vamos de salida.

¿Qué podemos esperar en las décadas que vienen? Las tendencias indican que vendrá la integración de todas las bibliotecas, incluso las universitarias, que serán administradas por inteligencias artificiales al venir los tiempos en los que para la gente de la calle sea más importante la habituación del uso de contenidos que su preservación.

Cuando abandonemos definitivamente los edificios que albergan bibliotecas y pasemos a ambientes virtuales lectores, la humanidad verá el problema de lo material y efímero frente a lo incorpóreo en su verdadera dimensión. Quizá entonces apreciemos no a los libros sino al alma de los libros.

27 de septiembre de 2021

Entre el comprar y el leer

Escuchar a Roberto Constantino trae a mi memoria uno de los aforismos de Georg Christoph Lichtenberg de 1800,

quien decía que "Es difícil que exista en el mundo una mercancía más extraña que los libros. Impresos por gente que no los entiende; vendidos por gente que no los entiende; encuadernados, criticados y leídos por gente que no los entiende; y, lo que es peor, escritos por gente que no los entiende".

¿Cómo es posible que se hayan escrito tantos libros sobre economía del libro, industria editorial y mercadotecnia, y la circulación de los libros siga siendo un negocio pequeño llevado por el acaso?

Fue en el siglo xx cuando en la Universidad Nacional Autónoma de México, al mismo tiempo que la Escuela de Jurisprudencia se elevaba a Facultad, fueron inaugurados los estudios independientes de economía. A partir de esto, Daniel Cosío Villegas fundó el Fondo de Cultura Económica, para traer libros de economía al país. Fue el Fondo donde se editó *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith, traducido por Gabriel Franco, en 1958. Sin embargo, más de un siglo antes, Lucas Alamán, conoció la obra de Smith.

Es claro que lo que lee un país va más allá de lo que edita. El público que compra libros es sólo un conjunto del universo del público lector. Es decir que van en distinto curso el estudio de las cuestiones económicas y la realidad económica.

Más allá de las ideas de Quesnay, David Ricardo, Marx, Mill, Marshall, Wallras, Pantaleoni, Keynes, Say, Malthus; más allá de la idea medieval de que comprar era comparar y de la bandera del capitalismo de la obsolescencia progresiva; más allá de socialistas y mercantilistas, el negocio del libro ha dependido de pequeños actos como el de aquella paciente maestra alfabetizando a hambrientos niños trabajadores, la cansada madre leyendo a sus hijos, el librero que abre y cierra la cortina a la misma hora aunque falten las ventas o quienes montan a su coste y tiempo una sala de lectura. Extraña mercancía es el libro.

25 de octubre de 2021

Promesas incumplidas

Lo que alberga la plática de Sofía de la Mora con Daniel Mir es la consideración del tiempo, como coeficiente de realización, en las revistas de cualquier clase: culturales, científicas, informativas, especializadas o de ocio. Tenemos todo el tiempo del mundo para diseñar y desarrollar el primer fascículo de una publicación periódica, ya sea que numeremos su salida como cero o uno; pero la entrega dos debe observar la periodicidad que se ha anunciado a los lectores. Y cuando con brío y aflicción se resuelve el cierre de producción de un segundo número, están corriendo ya los tiempos para el tercero. Ese es el verdadero escollo en el que la inmensa mayoría de revistas encalla.

Alguna vez Carlos Castillo Peraza criticaba la falta de planeación de las revistas que llegan al primer o segundo número, y decía: "¡he visto tantas en este país de santísimas primeras piedras y tan pocas inauguraciones!"

También recuerdo el inmenso entusiasmo vuelto total desaliento de grupos que buscaron una revista sin contar con un verdadero equipo. He visto comités o consejos editoriales que sólo aportan su nombre, personas que son vencidas por los trámites administrativos, colaboradores que prometen textos que no llegan, promesas incumplidas de patrocinios, compra de publicidad o suscripciones.

Una revista es un proyecto de atención permanente, incluso lo es la revista electrónica que no puede dejar caer la renovación. De hecho, existe una tendencia en revistas académicas digitales de perder periodicidad y publicar de manera continua dada la demanda de certificados de publicación, lo que evidencia que el interés de los lectores es lo de menos. Esas revistas dejan de ser revistas para ponerse el traje de blog, blog editado y con dictaminación, pero blog al fin; pero las revistas no son cestos de artículos, cada uno de sus números tiene una lógica editorial construida con el tributario y caro tiempo.

10 de enero de 2022

Probidad intelectual

El plagio, autoplagio y ciberplagio; el tráfico de textos presentados en concursos; la imposición de autorías a los subordinados; la artimaña del uso de tareas o recensiones para investigaciones del maestro; el irrespeto a la propiedad industrial y los derechos de autor; el uso de autores negros o fantasmas; la fragmentación de investigaciones tipo salami en aras de aumentar la productividad; la compra-venta de tareas, proyectos y reportes; la apropiación de gráficos y traducciones; la invención de datos, cifras y sucesos; la fabricación o manipulación de información; la falsificación de fuentes e investigaciones; los dictámenes académicos y el arbitraje a modo; los premios académicos o literarios amañados; los pares falsos o la simulación de pares; el soborno a los dictaminadores o lectores especializados; la presión política a los comités editoriales o editores; el sometimiento en paralelo de libros a distintas editoriales o artículos académicos a diferentes revistas; el pago de espacios a las revistas académicas; los acuerdos facciosos para la citación; la mixtificación de factores de impacto; la suplantación de identidad; el robo de documentos; la presencia de editoriales y revistas depredadoras; en fin. Esas son expresiones de una cultura ególatra que es anterior a la fundación de las academias, el auge de primas al desempeño académico o lo que llama Ricardo Villegas evaluación administrativa-burocrática a la ciencia.

Esa actitud no es nueva y no la han detenido normas, leyes ni códigos de buenas prácticas. Si hoy tenemos evidencias de fraudes es porque hay tecnologías que permiten el contraste de textos. ¿Cómo podemos detener esto? Sirve mucho la denuncia, por supuesto, pero no hay otra forma que seguir enseñando conceptos claros sobre el derecho y la justicia. La justicia, por darse bajo la sociabilidad humana, inspira los hábitos virtuosos de la veracidad, el respeto y el agradecimiento. Esa es probidad intelectual.

28 de febrero de 2022

Recuento

Otro aniversario más de Interlínea. Cultura editorial honra y ensalza a quienes, capitaneados por Sofía de la Mora, hemos apostado por este proyecto. Son años de bregar con mi columna Hipertexto. Lecturas sobre el futuro del libro. Han pasado varios temas: narrativas transmedia, creación robótica, hiperedición, translectura, virtualidad, ciberderecho, ferias de libros, sentido gremial, redes de cooperación, tecnofilia y tecnofobia, en fin... es largo el linaje de conversación. El antaño y el hogaño van comiéndose a los futuros escrutados.

Rodrigo de Triana gritó ¡Tierra! desde su puesto de vigía en la carabela Pinta al ver la isla que se llamaba en lengua de indios Guanahaní y que Colón nombró en ese 1492 San Salvador. El mundo fue mundo cuando América se incorporó. Después vino todo: descubrimiento, conquista, vinculación y globalidad. Hipertexto es como aquel mirador de guardia por el que se otean maravillas que, con palabras de Bernal Díaz del Castillo, son parecidas "a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís". Muchas voces nos han enseñado nuevas tierras, reflexiones originales, extrañas prácticas, tareas excepcionales.

Desde que colaboro en Interlínea asumí con entusiasmo poner los ojos en la lejanía. En las interlíneas me he sentido en casa, desde las interlíneas he procurado escrutar el horizonte y con las interlíneas he contado con grandes instrumentos. Hemos aprendido juntos buscando futuros y lo agradezco inmensamente. En reciprocidad, he mostrado una como recurrente lección.

He tratado con todas mis fuerzas de mostrar la actitud esencial de las personas de libros, de quienes vivimos en el ecosistema libresco, de los que encontramos sustento en la bibliocultura. Es la actitud de que todo se debe poner en tela de juicio porque nuestro trayecto, loados sean nuestros días, es de un aprendizaje perenne.

9 de mayo de 2022

Hacia una antropología editorial

Después de un ciclo de tormentas que esperamos en suerte haya terminado, la sociedad pospandémica que va apreciándose en el horizonte viene con un denodado esfuerzo por dinamizar algunos mercados, como bien apunta Silvano Gozzer, para el caso del sector editorial peruano. Dentro de esa dinámica, además de la inserción de nuevos tipos de librerías, la pantallización y el mercado de audiolibros, tenemos la expansión de la impresión bajo demanda.

Hemos visto en las últimas décadas las virtudes de la edición bajo demanda que, a fin de cuentas, es una forma de producción sin desperdicios o manufactura esbelta. Hay ventajas comerciales, organizativas, informáticas y hasta ecológicas. Sería natural, por ejemplo, que las monografías académicas estuvieran, bajo este esquema que combina globalidad con ubicuidad.

En *Los fundamentos del libro y la edición. Manual para este siglo XXI*, editado por Michael Bhaskar y Angus Phillips, y publicado por Trama Editorial, John W. Maxwell dice que "la edición es fundamental para nuestra comprensión moderna de la tecnología". Vayamos más allá para decir que el estilo de editar de una época, y sus productos editoriales, no sólo son consecuencia de la innovación tecnológica, sino son un reflejo de la sociedad que los usa.

Podemos ver una especie de antropología editorial, un estudio del hombre desde el punto de vista de la edición, de la huella editorial de las épocas. En ese tenor, la impresión bajo demanda es propia de la sociedad actual que evita la acumulación y es tornadiza y esquiva.

Esperemos en esta tecnosociedad, en la que hay una mayor lectura en pantalla, que las editoriales, las librerías y los generadores de contenidos, ajusten sus catálogos para permitir que los lectores materialicen sólo los libros necesarios. Es complicado, muy enrevesado, pero la edición no es para los débiles.

27 de junio de 2022

El miedo de los editores

Existe un profundo miedo, casi paralizante, en quienes se dedican a la edición de libros, un sobrecogimiento que apenas si deja reposar, complica el comer y pesa todo el tiempo. Uno lo olvida, pero, súbitamente, el recuerdo retorna helando la sangre, dilatando las pupilas, erizando el cabello y, entre taquicardias y temblores, tratamos de conjurarlo.

No se trata de reparar en que uno de los 170 autores del libro cambió un capítulo a última hora y luego pidió que regresáramos a su quinta versión con las citas expuestas en la tercera, que una docena de autores exigiera que no se les modifique a sus textos ni una coma, que un autor acusa a otro de plagio, que el coordinador murió intestado antes de suscribir el contrato, que a un tercio de los autores les urge saber el ISBN para presentar sus informes académicos, que encontramos una errata en algo ya revisado y aprobado, que la correctora de estilo no entrega la bibliografía general reconstruida hasta que le liquidemos deudas, que tenemos derechos sobre las fotografías pero no sobre lo fotografiado, que no hemos pagado la licencia mensual del *software* de maquetación, que el área de diseño insiste en usar un papel agotado en el mercado, que la cotización de imprenta hace meses que caducó, que el costo unitario proyectado se rebasó y hace prever un precio de venta al público inaccesible, que el logo del coeditor no viene en curvas y su personal salió de vacaciones, que la librería principal punto de venta cerró durante la pandemia, que ya no alcanzaremos a tener ejemplares para la presentación del libro, que ya no hay cajas para empacar, que los proveedores no pagan, que no hay visitas en nuestra librería virtual, que tenemos otros treinta proyectos en tránsito, que la familia se molesta porque pasamos 20 horas del día trabajando... En fin, suma y sigue.

Tampoco se trata en pensar en nimiedades de la edición mexicana como que cada vez hay menos lectores,

que las bibliotecas públicas no tienen presupuesto, que el mayor consumo cultural del mexicano se da a través de celulares, que somos el primer lugar en venta de libros piratas en el mundo, que el precio del papel ha tenido múltiples alzas, que cada vez hay más oferta de freelanceros y menos trabajo, que las ventas en ferias de libros no compensan la inversión, que más y más.

Lo que verdaderamente desencaja el semblante, desorbita los ojos y trastorna la vida es tener en la mente todo lo mencionado. Uno lo olvida, pero, súbitamente, el recuerdo retorna helando la sangre, dilatando las pupilas, erizando el cabello y, entre taquicardias y temblores, tratamos de conjurarlo. Eso, queridos amigos, es el terror, el terror, el terror.

4 de noviembre de 2022

MIGAS EN EL CAMINO

Lecturas sobre el libro y la edición

Primera edición 2024
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión
y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.